

CHINA.—Asesinato del R. P. Merigot

misionero en el Yun-Nan

El Ilmo. Sr. de Gorostarzu, Vicario apostólico del Yun-Nan, escribe al Seminario de Misiones Extranjeras, de París, los siguientes detalles del asesinato del R. P. Merigot.

Bueno será hacer constar que, conforme á los tratados con China, el llorado misionero estaba en su derecho al querer construir una Capilla en terrenos poseídos legalmente por la Misión católica. Y este su derecho parece tanto más evidente cuanto que, de 1906 á 1908, la posesión de esos terrenos no había suscitado dificultad alguna. Estas no surgieron, como luego se verá, hasta el momento en que el P. Merigot empezó la construcción de la Capilla. Por otra parte, después del sangriento drama del 20 de Diciembre, el mandarín de Yong-pé para librarse, en parte al menos, de las graves responsabilidades por él contraídas, no se le ha ocurrido más ingenioso medio que acusar á los cristianos de haber sido los primeros en empuñar las armas y atacar á los paganos.

CARTA DE ILMO. SR. DE GOROSTARZU, VICARIO APOSTÓLICO
DEL YUN-NAN

Yun-nan son, 7 Enero 1911.

EL 14 de Diciembre se hallaban reunidos en Yong-pé los Rdos. PP. Leparoux, Bailly y Merigot. A la mañana siguiente, el primero de dichos Padres regresaba á Machaug (5 etapas al Este). El sábado 17 el R. P. Bailly partía para Ta-pin-tsen (dos largas jornadas al Sud-oeste), acompañado del P. Merigot, que debía quedarse en Tsin-y (40 kilómetros al Sud de Yong-pé), para dirigir los trabajos de una capilla empezada el 30 de Noviembre.

Sabido es que los notables del lugar, contrariados por el establecimiento de la Misión, imaginaron, en Septiembre de 1908, negar la legitimidad del contrato por el que, en 1906, habíamos adquirido en Tsin-y unos terrenos. Los mandarines apoyaron estas reclamaciones, y con su tradicional mala fe impidieron hasta el presente la solución del litigio.

Cansado de tales dilaciones, el P. Merigot, cuyos materiales de construcción (por valor de 300 taels) se estaban echando á perder y cuya cristiandad sufría graves daños á causa de la duración del pleito, decidió empezar los trabajos. Sin embargo, informó previamente al prefecto de Yong-pé, pidiéndole previniera por una proclama toda oposición violenta por parte de los enemigos. El prefecto nada hizo, antes contestó que no habiéndose fallado el pleito, no podía emprenderse la construcción.

En la mañana del lunes 19 de Diciembre, el P. Bailly se despidió de su compañero, y el P. Merigot continuó dirigiendo los trabajos en la aldea de Ynan-kia-tchang, á las puertas del gran mercado de Tchín-y (300 familias). Sólo media docena de albañiles, mitad peones, trabajaban en la obra. Según parece, desde hacía tres días los jefes de la región celebraban reuniones secretas en dicho mercado; pero el P. Merigot no sospechaba nada grave.

De improviso, el 20 de Diciembre por la tarde reuniéronse en dicho mercado las milicias de nueve distritos (de 500 á 600 hombres armados), con banderas y estandartes.

Una cristiana que vió lo que se tramaba, fué á prevenir al Padre sin pérdida de momento. Eran las tres de la tarde. Primeramente el P. Merigot resistióse á

creer en la inminencia del peligro. Encaminóse al emplazamiento de la capilla y vió avanzar algunos centenares de hombres armados y con banderas desplegadas. Al verle hicieron contra él tres disparos, de los cuales



† R. P. MERIGOT, de la Sociedad de Misiones Extranjeras de París, Misionero en el Yun Nan

sólo uno le alcanzó, atravesándole la manga del vestido. Rápido como el rayo se refugió á su casa y subió al desván. Creía que se limitarían á imponerle la cesación de las obras. Pasaron unos minutos de cruel angustia: durante ellos los paganos rodean la casa y le pegan fuego.

La situación apareciósele en toda su terrible realidad. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

20 de Mayo de 1911

Año XIX. Núm. 377

—Nunca hubiera creído, exclamaba, que llegasen á tal extremo. Huyamos como y donde nuestras fuerzas nos permitan.

Primero salió él. Siguióle el catequista Hing-jen-ho y luego el maestro de escuela Sie-tse-hen y dos cristianos.

El catequista Hiang-jen-ho cayó en el patio de la casa con la garganta atravesada de un balazo; los amotinados lo remataron á cuchilladas. Sie-tsen-hen se echó á un pozo en el que apenas había tres pies de agua, y allí permaneció oculto hasta la noche. Los otros dos cristianos lograron escapar.

Perseguido de cerca por numeroso grupo el P. Merigot aun pudo correr cosa de un kilómetro á campo travieso; pero al fin fué alcanzado y acribillado á balazos. Los asesinos, armados de fusiles, lanzas y cuchillos se encarnizaron en él de manera salvaje. Su cuerpo permaneció en el sitio en que fué muerto hasta que, dos días después, á eso de medio día, el Prefecto de Yong-pé fué á levantar el atestado correspondiente é hizo colocarlo en un ataúd. El cadáver fué depositado en una de las pagodas del mercado.

Dos criados del P. Merigot, escapados con vida, corrieron, uno á Ta-pin-tsen, residencia del P. Bailly, á 45 kilómetros al Sud-oeste; y el otro á la residencia de Yong-pé. Los cristianos de esta ciudad, sabedores por este medio del asesinato, corrieron á comunicarlo al P. Leparoux, y á mí me lo telegrafiaron desde Ly-kiang, el 22 de Diciembre á las seis de la tarde.

Chen-pin-tchang, Prefecto de Yong-pé, se dirigió inmediatamente á Tsin-y. No habiéndose dispersado aun las milicias, mandó detener á varios jefes. De regreso á Yong-pé, él fué personalmente á dar cuenta á los guardianes de la residencia del P. Merigot del resultado de sus investigaciones, y nos dió el importante detalle, de que todas las heridas le habían sido inferidas por la espalda, y que los asesinos habían perseguido á su víctima unos 2 ly (800 metros).

Chen-pin-tchang sentía sobre sí el peso de graves responsabilidades. ¿Por qué razón los jefes del país habían reunido las milicias y cometido incendios y asesinatos con el apoyo de la soldadesca oficial? Lo menos que pueda decirse es que el odioso apoyo prestado por el Prefecto á las vejaciones de que hemos sido víctimas nosotros y los pobres cristianos, eran para los notables una garantía de impunidad.

Para salirse de apuros, á Chen-pin-tchang no se le ha ocurrido otro medio que inventar la siguiente calumnia: «El P. Merigot tenía más de cien cristianos armados para custodiar las obras de su capilla. Los paganos indignados, quisieron echarlos del pueblo. Entonces los cristianos hicieron fuego sobre los agresores, y al momento se trabó una encarnizada lucha en la que el Padre Merigot y sus catequistas fueron víctimas de las balas enemigas.»

Tal es la versión que este Prefecto ha enviado al virrey. Mas ¿cómo explicará que todas las heridas del Padre fuesen recibidas por la espalda y que no haya ningún muerto ni herido por parte de los paganos? Además, es de todos sabido que, aun contando mujeres y niños,

los cristianos de Tsin-y no pasaban de 80, y que el Padre no tenía armas, lo mismo que los cristianos, excepto uno ó dos que tenían un fusil.

Hoy nos llega la noticia de que el país de Tsin-y está en rebelión. No nos sorprende.

Un cristiano de Tsin-y, que abandonó aquella localidad el 23 de Diciembre, nos dice, que el Prefecto detuvo algunos de los que tomaron parte en el asalto de la capilla, y que los demás protestaron diciendo:

—¡Para obedecerle hicimos lo que hicimos y ahora nos castiga! Pues... ¡no nos castigará sin razón!

Y esto diciendo, armáronse y asaltaron y saquearon el pueblo cristiano de Lan-gny-tsin, que hasta entonces había escapado á sus iras.

De esta manera el movimiento provocado por los mandarines se vuelve hoy contra ellos. ¡Quiera Dios que no se extienda ni cause nuevos desastres en las cristiandades del alrededor!

Cumpliendo órdenes del Sr. de Margerie, embajador de Francia en Pekín, el cónsul de Yun-nan-fu ha delegado al Sr. Beausan, vicecónsul, para de acuerdo con el Prefecto de Ly-kiang, delegado de las autoridades provinciales, realizar completa y detallada información de los sucesos de Tsin-y. Ello nos hace concebir la esperanza de que renacerá la paz y se hará justicia.

MALABAR

Experiencias de un Misionero

EN varias ocasiones había oído hablar de la pobreza suma, de la miseria en que viven las clases bajas de nuestros cristianos. Mas nunca la había visto de cerca, con mis propios ojos. Enviado directamente por mis superiores al Seminario de Puttempally, donde he permanecido continuamente sin contacto con el pueblo, no había podido apreciar en toda su realidad su triste condición y estado miserable. El jueves último se me ofreció oportunidad y me aproveché de ella. Como día de asueto determiné visitar á nuestros Padres de la Residencia de Verápoly, y pasar la tarde en su fraternal compañía. Cumplí mi determinación y á las tres y media saludaba á nuestros buenos Padres. Los encontré atareadísimos, que no es poco el trabajo que una parroquia de 8,000 almas proporciona. Al verme el Padre Vicario me suplicó les ayudase en sus tareas, á lo que acudí gustosísimo. Y poniéndome á sus órdenes, me envió á acompañar el cadáver de un cristiano que acababa de fallecer. Todo estaba preparado; el bote, los marinos y el sacristán. Digo bote, porque este distrito de Verápoly más que continente parece un archipiélago, en tal grado que apenas puede salirse de casa sin ayuda de barca.

La comitiva ó procesión funeraria, bien reducida por cierto, se hizo á la vela. Yo, como novicio en el cargo de párroco, tomé el ritual y fui examinando mis obligaciones y el modo de cumplirlas. Tres cuartitos de hora transcurrieron hasta nuestra llegada al punto donde estaba el cadáver. Durante ellos nuestro bote, se había abierto paso por las mansas aguas del río en

cuyas dos márgenes se levantaban filas de apiñados cocoteros con rico y abundante fruto. ¡Ciertamente que es delicioso Malabar! me decía. ¡Y qué poco aprecian estas gentes tanta belleza natural!

A medida que nos aproximábamos á la casa mortuoria se percibían gritos desaforados, lamentos descompasados y cánticos tristes y lúgubres. Llegado que huí á la casa, encontré que varias mujeres, parientes y vecinos de la muerta, rodeaban su cadáver y en medio de convulsiones y ademanes de enérgumenos, lanzaban al aire gritos espantosos. Existe tal costumbre y es preciso observarla. El dolor se manifiesta de manera tan ridícula. Otro grupo de devotos en tono reposado cantaban la Pasión del Señor, traducida y puesta en verso en lengua malabárica por un Misionero Carmelita.

Como los cánticos no habían terminado, ni el cadáver estaba dispuesto, me era preciso esperar hasta tanto que todo se dispusiese en regla. En la casa ni había aposento, ni silla para descansar. Me acomodé, pues, como pude en el exterior de la choza sobre una dura piedra, y comencé á observar las dimensiones y demás de la misma. La choza mediría, si mi ojo no me engañó, un par de metros de ancha y seis ó siete de larga. Las paredes estaban formadas de hojas, sin más ventanas que las que el viento había abierto. Ajuar no se veía. El suelo, conforme Dios le ha hecho, sin enladrillado de ningún género, desnudo... era todo el ajuar. He oído decir que los bienes muebles de estos pobres cristianos se reducen de un cronómetro que es el gallo y á un cacharro para cocer arroz.

Por fin, mi sacristán me avisó estar todo preparado. Me dispuse á entrar en la choza. Pero mi cabeza tropezó, no sin el consiguiente dolor, con el techo. Inclinado el cuerpo entré en la casa y aspergé con agua bendita el cadáver. Quise incorporarme para cantar con más facilidad el salmo de rúbrica y di de nuevo contra el techo. Me arrodillé, terminé mis cantos y salí de la choza.

Esta indicación bastará para que nuestros lectores puedan formarse idea de las condiciones de las viviendas de estas pobres gentes. El cortejo funerario, tan reducido como á la ida, emprendió el camino hacia el cementerio. Las lamentadoras redoblaron sus gritos, hasta tanto que perdieron de vista el cadáver. Ya bien entrada la noche llegamos al cementerio, y cumplidos los últimos ritos de la Iglesia, regresé á mi seminario con el corazón oprimido de angustia por las escenas de miseria y dolor que aquella tarde había presenciado. Ya en mi celda me preguntaba: ¿Qué hace el progreso y civilización que no mejora tanta desgracia y pobreza? A tales chozas jamás se aproximan sus apóstoles á levantar tales seres de su abyección. Solamente el Misionero católico va allá á consolarlos é instruirlos y alimentarlos con el pequeño óbolo de la caridad cristiana. ¿Cómo el engomado Misionero protestante, cargado de olores y esencias, vestido pulcramente según la última moda, se ha de acercar á tales seres cubiertos de miserias, de malos olores, sin trato social, sin rudimentos de educación y cultura? ¡Jamás veréis un protestante abrazar á un paria! ¡Bendita Religión, única que das fuerza y llevas el consuelo y la limosna á todos los corrales!

Por las condiciones de las viviendas que someramente dejamos transcritas, se comprenderán los estragos que deberá causar toda enfermedad contagiosa en el pueblo. Viruela y cólera son cosa común entre las castas bajas, con especialidad entre mahometanos y sudras. Por la misericordia de Dios, Travancore y Cochín están libres hasta el presente del azote de la peste bubónica. Esta fiera degüella semanalmente en la India de 25 á 30 mil hombres. Al presente nótase marcada tendencia á aumentar, desafiando los progresos de la ciencia médica cuyos específicos son casi completamente inútiles. En tan nocivas enfermedades la previsión sanitaria es el remedio más eficaz, y estos pueblos dejan muchísimo que desear en este punto. Por esta razón la peste continuará, durante mucho tiempo, siendo el azote del Este, mermando espantosamente su población casi excesiva. En tales aprietos los gobernantes, paganos y protestantes, vuelven sus ojos á los católicos, á las Hermanas de la Caridad. En los hospitales de Travancore y á petición é instancia del Gobierno,—que es pagano—se han establecido Hermanas de la Santa Cruz para cuidar de los enfermos y apestados. Y me consta que todos, gobernantes y enfermos, están satisfechísimos con ellas, en la India. ¿Pregúntale, lector amigo, al Sr. Canalejas, quién fué el que le felicitó desde la India—según él afirmó en las bravatas de Agosto último,—por su política jacobina contra las Ordenes religiosas?

FR. BRUNO DE SAN JOSÉ, C. D.
Mis. Apost.

Puttempally, 20 Marzo, 1911.

NOTICIAS VARIAS

España

Pro Patria.—Del último número del muy apreciado colega *La Guinea española*, que publican en Fernando Poo los beneméritos Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María, copiamos la siguiente noticia sobre la cual nos permitimos llamar la atención á cuantos anhelan como nosotros la grandeza de la madre Patria y en consecuencia la conservación de su hoy tan menguado imperio colonial. ¡Quiera Dios sepan los que nos gobiernan aprovechar las actuales oportunidades para ensancharlo en tierras esclavas de la barbarie! Dice así el suelto en cuestión:

«NOS ROBAN

«Tiempo ha que corren rumores de que en la parte interior de nuestra Guinea continental se meten á comerciar factores alemanes del Campo.

«Por el último correo de Elobey hemos recibido noticias que nos dicen no ser simples rumores, sino tristes realidades lo que como rumor se propalaba. Hemos, además, hablado con dos individuos pamues venidos del interior de nuestra Guinea continental, y los datos que nos han suministrado, no dan lugar á duda. ¡Y aún nos contentaremos con una dominación nominal!—*Hispanófilo*.»

CRESCITE!—El Instituto de las Religiosas Franciscanas Misioneras de María sólo cuenta treinta y cuatro años de existencia. La estadística general de este admirable Instituto que tenemos á la vista, nos da una idea del estado floreciente y cada vez creciente del mismo. Según ese Estado consta que el Instituto de Franciscanas Misioneras tiene: Provincias, 8;

Casas religiosas, 121; Religiosas profesas, 2,136; Novicias, 478; Postulantes y probanistas, 273; Agregadas y terciarias, 418; Vírgenes, 142; Niños en escuelas, asilos y orfanotrofios, 34,494; Enfermos asistidos durante el año 1910 en hospitales, dispensarios y leproserías, 665,637; sin contar las raciones de sopa y comida distribuidas á los pobres, que pasan de 500,000. Bautismos de adultos durante el año, 2,765; ídem de infantes, 6,122; Matrimonios celebrados en sus capillas-orfanotrofios, 232; Abjuraciones en íd., 45.

Si por el fruto se conoce el árbol, siendo tan abundantes los frutos espirituales obtenidos durante sólo un año por nuestras heroicas Hermanas, las Franciscanas Misioneras, bien podemos decir que su Instituto es según el corazón de Dios.

Marruecos

ESTADÍSTICAS comerciales.—Se han publicado las de importación y exportación hecha por los ocho puertos de Marruecos, durante el segundo trimestre del año 1910.

El de importación asciende en su totalidad á 14. 574,327 francos, repartiéndose entre las principales naciones en la forma siguiente:

Francia y Argelia, 5.022,913; Inglaterra, 5.883,652; Alemania, 1.964,914; Bélgica, 438,330; España, 415,679; el resto de la cifra se reparte entre las demás naciones de Europa, los Estados Unidos y Egipto.

Las exportaciones alcanzan la cifra de francos 8.112,050 en esta forma:

Francia, 2.158,865; Alemania, dos millones 122.010; Inglaterra, 1.915,965; España, 1.618,467; el resto de la cantidad corresponde á las demás naciones.

Comparando estas cifras con las correspondientes al primer trimestre resulta, que las importaciones de productos franceses han disminuído en 844,444 francos; las de Inglaterra han aumentado en 833,062; las de Alemania, 173 554, y las de España, 86,774.

Las exportaciones de Marruecos á esas naciones también han sufrido una alternación en las cifras, del modo siguiente:

Las exportaciones á Francia han aumentado en 1.065,232; á Inglaterra han disminuído en 761,977; á Alemania han aumentado en 197,181; á España han disminuído en 159,176.

Como se ve por los anteriores datos, dentro de nuestra modestia, la balanza mercantil va tomando orientaciones que nos son favorables.

Guinea española

La labor de los Misioneros.—El hasta hace pocos días excelentísimo ministro de Estado Sr. García Prieto, dirigió á las Cortes una interesante Memoria sobre el estado de las posesiones españolas del Golfo de Guinea. Muy justas son las atentas frases que en ella dedica á los Misioneros, de los que dice él que «reúnen tal condición de entusiasmo por su cometido, tal cariño hacia las tierras africanas y hacia los mismos indígenas, que, llevados de su celo, han logrado ser de los muy pocos que conocen nuestras Colonias.» Al elogiar la obra de los Misioneros, añade el Sr. Ministro que conocen tan bien estos terrenos, que son auxiliares útiles en toda obra de colonización.

Al ocuparse del ramo de instrucción pública, escribe el Ministro: «En cambio, los misioneros dan instrucción á 519 alumnos internos y 215 externos. Las Religiosas instruyen á 221 niñas internas y 76 externas. Por lo que se refiere á la instrucción de los niños, debe hacerse constar que, además de lo que constituye la enseñanza primaria, en la mayor parte de las escuelas adquieren conocimientos prácticos de dife-

rentes oficios, especialmente en las de Banapá y Bata, en la primera de las cuales existen talleres de carpintería y de sastrería, pudiendo asimismo aprender el arte de la imprenta, merced á la que allí han montado y que atiende á la tirada del «Boletín Oficial», del «Boletín de la Cámara Agrícola» y de «La Guinea Española». También los niños indígenas reciben en casi todas las citadas escuelas elementales conocimientos del cultivo.

«En las escuelas de niñas enséñase el idioma castellano, lectura y escritura, nociones de Aritmética y labores propias del sexo femenino, tales como costura, bordado, planchado y hasta algunos conocimientos de más refinada enseñanza, siendo realmente admirable la constancia y la paciencia de las Religiosas encargadas de una tan elevada como penosa misión.»

Africa central

Geólogos en peligro.—El Doctor Egon Kirschstoin, que tomó parte, como geólogo, en la expedición alemana que el año pasado exploró algunas regiones del Africa Central, refiere un episodio dramático, acaecido á los exploradores al visitar el cráter del volcán Namlagira.

Dice así el doctor:

«Aprovechando la circunstancia de que la humareda era entonces muy débil, descendimos por el cráter y comenzamos á investigar su formación. En esta tarea nos hallábamos cuando nos vimos envueltos súbitamente por una nube espesa, que nos sumió en impenetrable obscuridad.

«Era imposible percibir los objetos á pocos pasos, y era, por consiguiente, imposible divisar la cavidad del cráter. En esta situación, un tropiezo, un paso en falso, podían precipitarnos en el abismo humeante. Resolví, para evitar el peligro, que cada uno permaneciese inmóvil en el sitio donde le había sorprendido el fenómeno.

«Dos horas estuvimos en situación tan angustiosa. De repente sentimos un trueno subterráneo, que repercutía bajo nuestros pies. Los ruidos fueron repitiéndose á intervalos, haciéndose cada vez más débiles, terminando con estampido aterrador.

«Tembló el suelo y sentí correr por mi rostro un sudor glacial. No podía equivocarme; el volcán despertaba, y, conociendo el gravísimo peligro que corríamos dentro del cráter, di orden de ascender, sin vacilar un instante más.

«Ya era hora de escapar; las piedras comenzaron á caer sobre nosotros como una granizada, y la humareda espesa penetraba en nuestros pulmones y nos asfixiaba. Silenciosamente buscamos nuestra ruta en aquella obscuridad. Los guías indígenas que me habían acompañado en la expedición, presas del terror, me acusaban de haber excitado la cólera del diablo que habitaba aquella montaña y de haberles conducido á su perdición.

«Caminamos algunos pasos más sin ninguna orientación y nos encontramos al borde de la abertura de donde partía incesantemente aquel mugido atronador.

«Huyendo á ciegas del peligro, sólo habíamos conseguido aproximarnos á él. Temblábamos, nos batían las sienes y en tan angustioso instante nos creímos perdidos.

«Afortunadamente, el velo espeso se desgarró; fué obra de pocos segundos, pero aquel fulgor extraño iluminó el paraje y nos descubrió el camino necesario para salvar la vida, que estábamos á punto de perder.»

China

La Comunión y los chinos.—El imperio chino, junto con Mongolia y Tibet, tiene aproximadamente 1.210,000 católicos y

300,000 catecúmenos, bajo el cuidado de 45 Obispos, 1,424 misioneros de Europa y 631 sacerdotes del país.

Es muy digno de conocerse que en Siwantze, pueblecito de la Mongolia, á poca distancia de la gran muralla china, los fieles parecen haberse penetrado bien de los sentimientos manifestados por Pío X; pues, aunque apenas consta el pueblo de 4,000 habitantes, casi todos católicos, muchos de ellos perseguidos á causa de su fe, se acercan, por término medio, á recibir diariamente la Sagrada Comunión en la parroquia 150 personas. Este fervor aumenta considerablemente de año en año, pues de 1907 á 1908 hubo 5,000 Comuniones, y en 1910 han sido 65,418.

Los Salesianos de Macao.—Los Salesianos que dirigían el Orfanotrofio de la Inmaculada en *Macao*, habiéndose posteriormente refugiado en *Hong-Kong*, cuanto antes se quedarán

definitivamente en Cantón, donde el celosísimo Sr. Obispo quiere confiarles la dirección de otro Orfanotrofio, y al mismo tiempo emprenderán otra obra importantísima á favor de la diócesis de Macao.

Nueva Zelandia

CONTRA un periódico impio.—La Nueva Zelandia, próspera colonia insular australiana, que cuenta un millón de habitantes, de los cuales ochocientos mil blancos y entre éstos ciento cincuenta mil católicos, acaba de dar un saludable ejemplo que debieran imitar todos los países católicos.

El Ministro de Correos y Telégrafos de aquella colonia ha prohibido la entrada en el territorio de un periódico obsceno, impío é irreverente, que se publica en Roma, y cuya importación está igualmente prohibida en el resto de Australia y en la América del Norte.

Modo cómo contribuyen los Misioneros de la Compañía de Jesús á la conservación y acrecentamiento del espíritu español en las naciones que fueron españolas.

(Conclusión.)

Y con el término del período instructivo no se rompen los lazos que unen á este magnífico establecimiento con sus alumnos, pues, según el uso de la Compañía, varias instituciones de orden religioso, benéfico y literario los mantienen unidos, y no sólo á los alumnos, sino también á sus familias, durante mucho tiempo, á veces toda la vida. Una de las secuelas del colegio es la *Academia del Plata*, famosa en los fastos poéticos bonaerenses, organizadora de certámenes literarios que han tenido gran resonancia, especialmente el último celebrado con motivo del centenario de la independencia argentina, á cuyo éxito contribuyó S. M. el Rey con valiosos premios y el Gobierno de la República con la considerable subvención de 45,000 pesos; la solemnidad del Concurso fué presidida por S. E. el Sr. Presidente y por S. A. la Infanta D.^a María Isabel, quien obtuvo allí una ovación cariñosísima de las que hacen época y dejan un indeleble recuerdo de amor y generosos sentimientos en el corazón de cuantos tienen la dicha de presenciarlas. Entre mil episodios é incidentes inolvidables que sería prolijo enumerar ahora, no es para omitido el conmovedor del joven argentino Luis Figueroa Algorta, hijo de S. E. el señor Presidente de la República y alumno del colegio, recitando una poesía hermosísima inspirada en el más fervoroso españolismo.

Y á la vez que en las clases elevadas de la sociedad criolla y colonial española inspira é infunde estos sentimientos de unidad moral de la raza, superior á las separaciones políticas, *foco es también para los necesitados de caritativa protección y amparo.* La *Sociedad española de la Virgen del Pilar*, por ejemplo, es un patronato de españoles pobres; tiene Montepío, Secretariado y Agencia de colocaciones, socorro de inmigrantes, etc. La Congregación de la Inmaculada, formada por ex-alumnos del colegio españoles y argentinos,

tiene también establecida otra especie de patronato para nuestros inmigrantes, habiendo recabado de la Compañía Trasatlántica la concesión de medio pasaje, y el de cuarta parte en algunas circunstancias, para la repatriación de españoles enfermos.

Todo esto y muchísimo más que se omite se puede decir del *Uruguay*, donde la Compañía dirige en Montevideo el Seminario y un colegio en que se educan el clero y las clases directoras de aquella república; del *Perú*, donde hace lo mismo en los colegios de Lima y Arequipa; de *Bolivia*, en cuya capital dirige el colegio más acreditado; de *Colombia*, en cuyos colegios Nacional de Bogotá, de Bucaramanga, Medellín y Seminario de Pasto educa á las clases directoras y al clero; del *Ecuador*, donde sucede lo mismo en los colegios de Quito, Pifo y Riobamba; de *Chile*, donde dirige los Seminarios de Ancud y Puertomont y el importantísimo Colegio de Santiago; de *Méjico*, en cuya capital sostiene el Instituto científico y los colegios de Puebla, El Saltillo y Guadalajara, sin contar numerosas residencias y Misiones permanentes en el interior, que mantienen el amor á la religión, lengua, cultura, usos y costumbres españolas.

En todas y cada una de las regiones y ciudades americanas donde florece la Compañía, ya educando al clero, ya dirigiendo los Colegios más acreditados, ya misionando en poblaciones y campos, ya constituyendo Sociedades piadosas, benéficas ó literarias, con la doctrina de Jesucristo y las enseñanzas de la Iglesia llevan los Jesuitas *el sentido español y el amor á España*, procurando mantenerlos vivos en nuestros emigrantes y despertándolos en los descendientes de nuestros abuelos, que las circunstancias políticas han separado de nosotros materialmente y la sistemática propaganda del odio protestante y de la envidia de otros pueblos contra España tiende siempre á separarlos también moral-

mente. Y ¿qué tiene de particular, después de todo, que los jóvenes suramericanos sufran los miasmas morbosos de esa *epidemia antiespañola*, esparcida por toda la redondez de la tierra, si autoridad tan poco sospechosa en esta materia, como la de D. Emilio Castelar, llegó á escribir á su antiguo amigo D. Adolfo Calzado: *...cada día encuentro más gustoso el vivir en el regazo de nuestra idolatrada España, la cual nos hemos nosotros mismos acostumbrado á calumniar por el afán de leer, hasta su literatura y su historia en libros protestantes y extranjeros?* (Correspondencia de E. Castelar, 1868-1898; pág. 139).

De esos libros, enemigos de España, está henchido el mercado americano; en ellos están, por desgracia nuestra, inspirados muchísimos de los que sirven de texto en los colegios oficiales y particulares de aquellas Repúblicas. Contra tan funesto influjo laboran constantemente nuestros misioneros con sus explicaciones y educación en los colegios, con su importación de libros españoles, y escribiéndolos ellos mismos en buen sentido, como, v. gr., la *Historia Compendiada del Perú*, por el P. Ricardo Cappa (Lima, 1888); las *Lecciones de Historia Argentina*, por el P. Vicente Gambón (Buenos Aires, 1907); las *Lecciones de Literatura Universal*, por el P. Manuel Poncelis, y otros que, al igual de éstos, han alcanzado la distinción de ser declarados oficialmente de texto.

No hay que encarecer más tan importantes servicios. Si el Gobierno imperial de Alemania subvenciona y estimula de mil maneras eficaces el establecimiento de buenos colegios germánicos en todas las naciones, como medio de difusión de la lengua alemana y del influjo alemán, base segura de expansión mercantil; si el Gobierno italiano busca con afán el modo de crear centros italianos en la Argentina, si el Gobierno inglés, con la sola mira de acrecentar el prestigio é influjo de la civilización europea en el Indostán, subvenciona espléndidamente á los Jesuitas franceses que dirigen el Colegio de Trichinopolis; si, finalmente, en 1881, al año siguiente de los decretos de persecución contra las Ordenes religiosas, el Gobierno francés, presidido por Mr. Jules Ferry, y la Comisión de presupuestos de que era Presidente Mr. León Gambetta, ayudaron con cantidades considerables á la fundación de la Facultad de Medicina de la Universidad de Beyruth, dirigida por los Padres Jesuitas, sin ver en ella otra cosa que un medio de mantener y aumentar la influencia francesa en Siria, ninguno, sean las que quieran sus opiniones políticas y aun sus ideas religiosas, podrá desconocer en España el supremo interés nacional de conservar y fomentar estos centros de españolismo que funcionan, prósperos y florecientes, en aquellas regiones donde más nos conviene que la influencia de la Patria se mantenga, consolide y aumente sin cesar.

Para ello, la *Compañía de Jesús en su Asistencia de España*, que los ha fundado, dirige y sostiene, no pide al Estado subvención ni ningún otro género de apoyo directo; esas instituciones, gracias á Dios, viven lozanas, y sus propios recursos les bastan para subsistir; lo único que necesita la Compañía son operarios, es decir, *jesuitas formados en los noviciados de*

la Península, que puedan ser enviados á las Misiones de Filipinas, Cuba y América del Sur con el caudal de ciencia y, sobre todo, de espíritu evangélico, religioso y patriótico á la vez, indispensable para los variados ministerios que en aquellas remotas comarcas hay que desempeñar en bien de la Religión y en bien de España. Por eso pide al Gobierno de S. M. y á las Cortes del Reino que mantengan en la nueva ley de Reclutamiento y Reemplazo del Ejército que se prepara algo semejante á la exclusión total del servicio militar para sus Religiosos y sus novicios establecida en la legislación vigente; entiendo que con ella, lejos de faltarle al principio fundamental inspirador de la nueva ley, se le confirma; porque, ¿qué servicio á la patria más prolongado que el que prestan estos Religiosos, no por cierto un número de años, sino durante toda su vida en las Misiones de América y Filipinas?

Y no será esto uso nuevo dentro de las exigencias del servicio militar obligatorio, pues vemos á las naciones que vienen practicando este sistema de reclutamiento atender á las razones expuestas. Así, Francia, mientras mantuvo relaciones con la Iglesia, excluía del servicio á los ordenados *in sacris* y Religiosos dedicados á la enseñanza. Alemania, maestra y guía de toda Europa en el servicio obligatorio, sólo exige á los pastores protestantes diez semanas de servicio, y los seminaristas católicos obtienen por razón de estudio, prórroga hasta el 1.º de Abril del séptimo año de servicio, y si en dicho año se ordenan de subdiáconos, son destinados á la reserva, quedando libres de todo servicio. Austria concede igualmente prórroga, que allí se llama licencia indefinida, á los seminaristas, hasta que concluyen su carrera, y al ordenarse son inscritos como capellanes castrenses de la Reserva, movilizable sólo en caso de guerra. Hungría exime á todos los clérigos y seminaristas en tiempo de paz. Pero ¿á qué seguir esta enumeración? Baste citar á Bélgica, donde acaba de ser implantado el servicio militar obligatorio por ley de 14 de Diciembre de 1909, hecha de acuerdo con el partido liberal y los socialistas. Esta ley dice textualmente: «Están eximidos definitivamente del servicio militar: a) Los Ministros de los Cultos; b) Los que se consagran exclusiva y continuamente á los trabajos de una obra de misión en el exterior, aprobada por las autoridades propias de uno de los cultos.» En Holanda, dice el artículo 127 de la ley Militar: «Al sacerdote ó ministro de la religión, al diácono de una Congregación religiosa, al estudiante de Teología y al que se prepara para las Misiones, viviendo en una casa erigida para formar sacerdotes ó misioneros... concede S. M. dispensa del servicio militar actual.» Y en Italia, donde no se excluye á los clérigos ni Religiosos por el mero hecho de serlo, se concede la exención á los individuos destinados á las Misiones, no sólo de su Colonia Eritrea, sino del Brasil, Grecia y otros países donde hay ó se desea extender la influencia italiana. Así lo dispone la ley sobre la emigración de 31 de Enero y la instrucción provisional de 1.º de Junio de 1901.

Si Bélgica, Holanda é Italia de tal modo favorecen á sus Misioneros que van á regiones totalmente extrañas á su lengua y cultura, sólo porque prestan servicios á sus emigrantes, ¿con cuánta más razón no ha de fa-

vorecer España á los que, no sólo hacen esto, sino que conservan la lengua y cultura españolas en naciones de nuestra raza?

Por tanto:

Suplico al Senado se sirva tener en cuenta los importantísimos servicios que á la expansión española prestan los Misioneros de la Compañía de Jesús, así como los de otras Ordenes religiosas, y en su virtud, intro-

ducir en las bases para la nueva ley de Reclutamiento las disposiciones que en su sabiduría estime oportunas para conservar y fomentar la recluta de misioneros que mantengan y aumenten la lengua y cultura españolas en las naciones de nuestra raza.

Madrid, á trece de Noviembre de mil novecientos diez.

RAFAEL LACAZE, S. J.

CONVERSIÓN PROVIDENCIAL DE UN JOVEN LAMA

El breve relato siguiente muestra de una manera admirable los misteriosos caminos de que se sirve la divina Providencia para llevar las almas de buena voluntad á la salvación eterna. ¡Qué historia tan sublime la de este joven lama, arrancado de las más profundas tinieblas del Paganismo, y guiado por caminos providenciales á la vocación del claustro!

CARTA DE UN PADRE DE LA TRAPA DE NUESTRA SEÑORA DE LA CONSOLACIÓN (YANG-KIA-PINN), AL RDMO. PADRE ABAD DE LA TRAPA DE NUESTRA SEÑORA DEL SEPT-FONS (ALLIER).



EUREPARA es el nombre de un joven mongolés cuya historia prueba que, en el seno mismo del Paganismo, la gracia divina obra á veces maravillosas conversiones.

Eurepara vino al mundo en los confines de la Mongolia con la Mandchuria, á poca distancia de Mukden, no lejos de la gran lamasería de Regem-Sumet. Sus padres habían sido casi arruinados por las incursiones de los Hung-hu-dge (*Barbas Rojas*), bandoleros chinos, azote de estas tierras.

El mongol es naturalmente religioso.

En su país es frecuente encontrar numerosas caravanas de hombres, mujeres y niños, montados en mansos camellos, que se dirigen á algún célebre lugar de peregrinación. En una de estas peregrinaciones, Raci, padre de Eurepara, fué á visitar la famosa lamasería del Hu-tai-Chan (ó Monte de las cinco Torres, de 3,600 metros de altura), situado en la provincia de Chensi, á más de mil kilómetros de su casa.

¡Cuántas veces en las noches de invierno y al amor de la lumbre, había relatado Raci las peripecias de aquel viaje y ensalzado los esplendores de aquella lamasería, la belleza de sus templos, el número y fervor de sus Religiosos!... Eurepara, á la sazón niño de pocos años, escuchaba embelesado, y en el fondo de su alma ardía en deseos de ir á ponerse bajo la dirección de aquellos «santos» varones. Pero «¡son tantos mil kilómetros! ¡estaban tan lejos!...»

—Ingresemos primero en la lamasería vecina, se dijo.

Y dicho y hecho. A los 14 años fué admitido á título de *chabi* (novicio) en la lamasería de Regem-Sumet.

Tras unas semanas de noviciado en Regem-Sumet, comprendió que aquella vida no era la que él había soñado. Escandalizado de la conducta de los pretendidos sabios del Budismo, huyó furtivamente. El recuerdo de

los relatos paternos acerca de la gran lamasería del Hu-tai-Chan volvió de nuevo á su mente. El país le era desconocido, ignoraba el camino y carecía en absoluto de medios pecuniarios: ¿cómo intentar, pues, tan largo viaje en tales condiciones? Y no obstante, el misterioso atractivo era tan irresistible, que despreciando temores emprendió la marcha.

Como buen hijo de las estepas, sin otro embarazo que su bastón de viaje, marcha siempre adelante sin más brújula que el horizonte. Recuerda que Hu-tai-Chan se encuentra en la dirección de Pekín, aunque mucho más lejos, y á la capital de la China endereza, pues, sus pasos.

«No hay nada más largo que un día sin pan,» dice el proverbio. ¡Cuántos de estos días interminables tuvo que pasar el pobre niño!... Mientras pisó la tierra de Mongolia, donde se conservan todavía las tradiciones de la hospitalidad, tuvo que sufrir relativamente poco. Pero, en el mísero suelo chino, en aquella pobre región tan devastada por la sequía y tan desierta, ¡cuántos días sin probar bocado, sin ni unos granos de arroz! Por la noche se refugiaba en cualquier pagoda solitaria y allí descansaba unas horas, y cuando ni pagoda había se acostaba en el bosque, al aire libre, á veces sufriendo una lluvia torrencial y siempre con el corazón oprimido por el miedo á las fieras que repetidas veces oyó rugir.

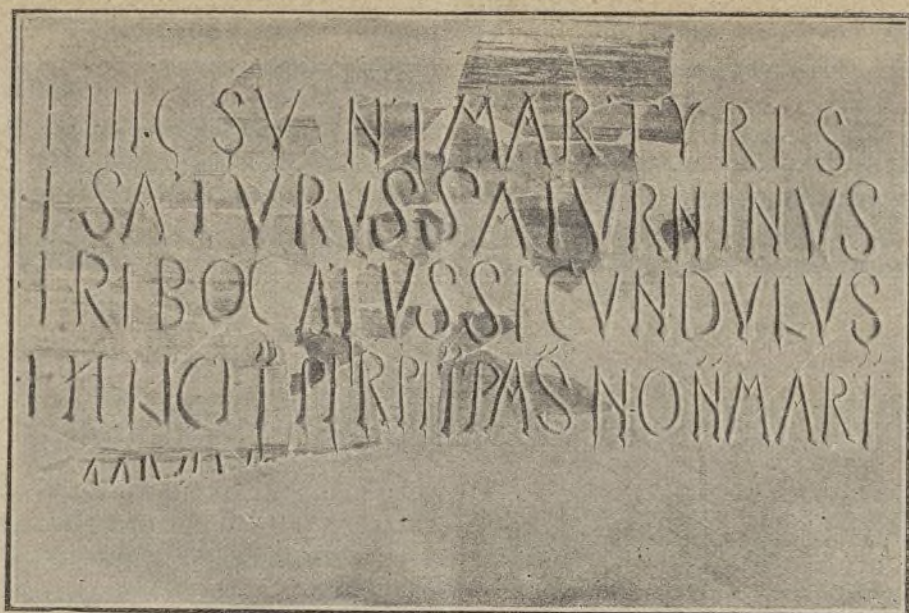
A las puertas de Pekín hay una lamasería mongolésa al cuidado de un Buda de carne y hueso, proclamado omnipotente por los suyos que le reconocen derecho de vida y muerte sobre cuantos ejercen jurisdicción.

Rendido por la fatiga y los sufrimientos y sin ánimo para llegar al Hu-tai-Chan, nuestro joven aspirante logra ingresar en ella como noviciado. Pero no tardó en sufrir igual desencanto que en Regem-Sumet, y á los dos meses se marchó.

La zona montañosa que se extiende al Oeste de Pekín es una vasta comarca muy accidentada, inculta casi por completo y con tan pocos habitantes que bien podríamos llamarla desierta; inútil decir que sus pobladores son muy pobres.

Eurepara se empeñó animosamente en salvarla, fijo de nuevo su pensamiento en Hu-tai-Chan.

Era un día de Junio de 1910. Avanzaba penosamente por la orilla de un riachuelo, cuando de súbito, al volver de un recodo, se halla frente de un cuerpo de edificio de formas para él las más nuevas y extrañas.



CARTAGO. — LA INSCRIPCIÓN DE LOS MÁRTIRES RECONSTITUIDA CON AYUDA DE FRAGMENTOS DESCUBIERTOS EN 1906 Y 1909. — Reproducción de fotografía enviada por el R. P. Delattre. (Pág. 107)

—¡Ah! se dijo el joven viajero tras unos momentos de sorpresa y examen, he aquí una lamasería original!

La iglesia gótica de la Trapa de Nuestra Señora de la Consolación, con sus esbeltos campanarios, era de fábrica muy distinta de la del templo tibetano ó de la pagoda china, para no dejarle en la incertidumbre.

Se introduce por una puerta entreabierta y penetra en el claustro. Está desierto. En este momento los Religiosos están en la capilla. A través de las ventanas ojivales del ábside llega hasta sus oídos la majestuosa salmodia gregoriana, produciendo en su alma viva impresión. La penetrante austeridad de la melodía litúrgica ejerce sobre el joven lama aquel mismo influjo que transformaba á los Bárbaros, cuando, al invadir la Europa, llegaban á una abadía y quedaban como petrificados ante el sublime espectáculo de los Religiosos en oración.

El Oficio divino ha terminado. Desde el claustro en donde se había quedado, Eurepara ve desfilar la larga hilera de monjes con sus blancas cogullas. Su presencia es descubierta por la mirada investigadora del ecónomo. El buen P. León se le acerca y le hace algunas preguntas. Ante la inocencia que se refleja en sus ojos y la encantadora timidez con que relata sus deseos de encontrar, para abrazarla, una vida perfecta, el Padre León se siente emocionado.

—Parece que estás rendido de fatiga. ¿Tienes hambre? le pregunta.

El jovencito contesta que hacía más de veinticuatro horas no había probado alimento alguno. Una buena refección, fué el pago de esta confidencia.

El nuevo pensionista de la Trapa tenía sólo dieciséis años. El R. P. Abad y cuantos en los días siguientes tuvieron ocasión de conversar con él adquirieron la íntima convicción, confirmada después, de que jamás pecado alguno deliberado había manchado su alma. Sin

duda que la Virgen María le había preservado y que es quien lo ha guiado hasta esta casa á Ella consagrada.

El día inmediato al de su llegada, Eurepara tuvo la dicha de asistir al oficio de la noche. Desde entonces cada día, de las dos de la madrugada, seguía con verdadera emoción los cantos sagrados y las religiosas ceremonias. Todo le atraía: el silencio, el trabajo, el estudio del Catecismo, la oración. La paz que en la Trapa se respiraba y el espíritu de familia le abrían horizontes desconocidos: sin titubear un momento resolvió no proseguir su camino.

Setenta y dos Religiosos de su raza, dirigidos por monjes franceses, componen ahora su familia. Y Eurepara no quiere otra.

Ha emprendido con ardor el estudio del Catecismo. En cuanto supo el *Padre nuestro* y el *Ave María*, siempre se le veía con el rosario en la mano, rezándolo con frecuencia hasta veinte veces diarias. «¡Qué diferencia, decía, entre el Rosario y los *Omani Patmakoun* que mecánicamente murmuran los lamas!»

El R. P. Abad, cediendo á sus instancias y hallándole suficientemente preparado é instruído, le confirió, algunos meses después, el Santo Bautismo, la Confirmación, y le permitió acercarse á la Sagrada Mesa. Luego fué admitido en la Comunidad á título de oblato, esperando verle ingresar en el noviciado y, si Dios es servido, hacer la profesión religiosa.

He aquí un magistral *confirmatur* á la tesis del Doctor Angélico.

«Al pobre pagano de buena fe Dios le enviaría un ángel antes que abandonarlo para siempre á las tinieblas del error.»

¿Por qué este oasis de la Trapa, unas veces por escasez de local, otras por falta de recursos, se ve tan á menudo imposibilitado de admitir los numerosos postulantes que se le presentan?

UN SEMINARIO CATÓLICO EN SHENSI (CHINA)



RECORDARÁN mis lectores que en una de mis cartas del año pasado les decía que en este nuestro Vicariato del Shensi, teníamos necesidad de un local destinado á educación de los jóvenes que se sintieren con vocación para el estado sacerdotal. Como los jóvenes que ingresan en nuestro Seminario han de permanecer aquí durante todo el tiempo de sus estudios latino filosófico-teológicos, sin que, por razones que no es del caso indicar, les sea permitido sino en casos excepcionales salir á sus familias, nunca por pura recreación ó vacaciones, claros es que hemos de procurar tener un edificio *ad hoc*, que reúna condiciones higiénicas, etc., á fin de conservar sana y robusta la salud de quienes más tarde han de consagrarse á las duras tareas del apostolado. Extremadamente pobre y necesitado se encontraba nuestro amado Vicariato; buena prueba de ello es que el año pasado aun hube de consagrarme á la ingrata é improba misión de recoger en España limosnas para poder proseguir trabajando por la gloria de Dios, lo cual no obstante, nuestro dignísimo señor Obispo, cuya vida es un continuo sacrificio por la propagación de la fe, del cual puede decirse que en actividad y celo es *nemini secundus*, considerando que un buen Seminario es la base, el fundamento, la esperanza más grande para la prosperidad del Vicariato, ha querido hacer un esfuerzo colosal, más de lo que puede comprenderse, y recogiendo aquí un par de ladrillos y allá otro par de tejas, pidiendo acá un madero y acullá otro madero, no desdeñándose de ensuciar en la argamasa su pastoral anillo, ese anillo que luego sus hijos besarán con espíritu de la más profunda veneración, apoyando el hombro (*sic*) materialmente, para ayudar á la obra, con tal abnegación, que más de un sacerdote creyó conveniente advertirle que aquello no estaba acaso conforme con su dignidad, advertencia que, dicho sea de paso, no tuvo resultado alguno, ha conseguido ver la obra sino terminada del todo, porque la falta de recursos no se lo permite, pero por lo menos en condiciones de poder servir para el objeto á que se le destina.

Hace unos días hemos tenido la satisfacción de celebrar la inauguración y bendición del edificio y su capilla con toda la solemnidad y el esplendor posible en el Celeste Imperio. Unos días antes de la fiesta de la inauguración y bendición, los jóvenes seminaristas se esforzaron en adornar con trapillos de cien mil colores tanto la capilla como el resto del Seminario, á saber, dormitorios, sala de estudio, corredor, etc. Todos estos trabajos de ornamentación se hicieron á puerta cerrada, prohibiéndose severamente la entrada á todo el mundo, incluso al señor Obispo que, á la verdad, riéndose de la cosa fué en extremo obediente á la voluntad de los seminaristas. Hay que confesar que alguna vez los chinos están dotados de gusto estético, así es que al llegar el día de la fiesta y abrirse de par en par las

puertas, el nuevo Seminario ofrecía magnífico golpe de vista. Nunca olvidaré lo que aquellos dos ó tres días hube de correr de la *seca á la meca* por los ámbitos de la Residencia y Santa Infancia, molestando á todo el mundo, incluso á las monjas Franciscanas Misioneras de María, pidiendo, cuando no *robando*, aquí un trapo de colores, allí un trozo de seda roja ó azul, más allá un farol, flores artificiales...; aquel día no quedó en la iglesia grande ni una mala alfombra, y hasta una manta roja que yo tengo para la cama hubo de ser trasladada para adornar uno de los muros.

Nuestro señor Obispo, asistido de algunos misioneros, invitados al acto, celebró en la iglesia principal la Misa de gran pontifical, y acto continuo, revestido de pluvial y mitra, y precedido de los seminaristas con su estandarte del Sagrado Corazón de Jesús y seguido de grande concurso de fieles, se dirige al nuevo edificio, cantando en el trayecto la Letanía de los Santos: una vez á la capilla se canta solemnemente el *Veni Creator* y se procede á la bendición de la misma. Después se bendice la sala de estudios y clases. ¡Qué hermosa es la liturgia cristianal! ¡Cómo se enternece el corazón cuando se oye al sacerdote católico que, conmovido él mismo, pide al Señor que descienda su paz *super hanc domum, instituendae juventuti destinatam et super... docentes et discentes in ea*, sobre cuantos en ella enseñan y aprenden; cuando pide á Dios que á los maestros los llene del espíritu de ciencia, sabiduría y temor de Dios, *spiritu scientiae, sapientiae et timoris*, y á los estudiantes para que cuanto se les enseña, puedan comprender, puedan retener, puedan poner en práctica... para que en todo y por todo sea glorificado el santo nombre de Dios! ¡Qué hermosa es verdaderamente nuestra liturgia en sus variadas y siempre tiernas y conmovedoras ceremonias!



CARTAGO.—GRAN SARCÓFAGO PÚNICO.— Reproducción de fotografía enviada por el R. P. Delattre (Pág. 107)

Terminada la ceremonia religiosa, una comisión de seminaristas se presentó al señor Obispo para invitarle á una sencilla velada literario-musical, preparada en su honor y en acción de gracias á tan buen Padre y Pastor. Ignorante de ello el Prelado aceptó la invitación con demostraciones de la más viva satisfacción, y en el curso de la velada tuvo el gusto de escuchar varios discursos en chino y latín, y varias poesías. Yo he cursado mis estudios en las aulas de los Seminarios de

España, he tomado parte muchas veces en las veladas y conferencias académicas que suelen tener lugar en las mismas, y no tengo reparo en afirmar que algunos de los discursos y poesías de estos mis seminaristas harían honor entre los pronunciados por los buenos seminaristas de mi querida Patria.

FR. JOSÉ MARÍA DE IRUABRIZAGA, O. F. M.

Mis. Ap. en el Shensi, China.

DESDE MALABAR — ADORADORES DE SERPIENTES. — TOTETISMO. — SUS CARACTERES

(Conclusión)

MENDÍANSE en los antiguos tiempos, y según reflejan, á subido precio, las casitas de las serpientes. La venta del campo que, según la costumbre del país, rodea la casa, comprende también la de los reptiles. En estos contratos suele estipularse que las serpientes son transmitidas al comprador juntamente con las propiedades, y que, en el caso de división de la propiedad entre los diversos miembros que componen la familia, han de repartirse las serpientes. Tal es la preeminencia que da á estos animales el pueblo malabárico. Nadie quiere desprenderse ni de uno de estos *animalejos* que, dice, cual dioses titulares le defienden y protegen contra los *dioses diablos*, son los ángeles guardianes de sus propiedades, que ahuyentan la peste y las enfermedades contagiosas y les libentan del abismo y de la muerte (1).

Si se omite alguna de las indicadas precauciones, la ira y venganza del dios insultado no se hará esperar. Suele manifestarse cubriendo de lepra ó de otras malignas enfermedades á alguno de los individuos de la familia. En este caso, y para libentar al paciente de la molestia, es indispensable practicar la ceremonia religiosa conocida con el nombre de Pambu-tullel, ó sea, la serpiente que salta. El ministro oficiante es un Pulluva, casta que se dice descendiente de la serpiente divina.

Un día previamente señalado, el sacerdote traza en el pavimento una figura geométrica bastante complicada que quiere ser una serpiente. El animal es representado en harina de arroz, y los espacios libres entre los repliegues se llenan con cáscara de arroz quemado, con hojas verdes pulverizadas y otros polvos de distintas clases. La figura deberá estar delineada en cinco colores para representar los que se ven en la garganta de las serpientes. Una mujer de la familia afligida, que deberá haber ayunado el día anterior, se sienta en el suelo sobre la cabeza de la figura trazada, que simboliza la cabeza del animal que se conjura. Suelos los cabellos, se cubre con ellos la cara, y en las manos, y fuertemente asido, tiene un ramo de flores de cocotero.

El Pulluva golpea un pote de tierra que sirve de tambor, y otra mujer dirige la música golpeando un vaso de metal. Ambos, mujer y hombre, cantan al mismo tiempo himnos en honor de la serpiente dios. Gradualmente la mujer que está sentada á la cabeza de la figura se siente poseída y comienza á estremecerse y tem-

blar; al mismo tiempo sus sueltos cabellos empiezan á moverse. Agitándose cual histérica, borra la figura de la serpiente con el ramo de flores de coco, y levantándose, de un salto se arroja al baño que le tienen preparado.

Si se ha obtenido el deseado efecto, la ceremonia concluye, de lo contrario es preciso repetir la operación tantas veces cuantas sea menester. A veces llegan á repetirla hasta cien veces, en cuyo caso el rito dura varias semanas.

Uno de estos que podemos llamar tambores de tierra, usados por esta casta en las descritas ceremonias, fué adquirido para el Museo de Madra, y el afligido Pulluva, que lo había vendido, lloraba la pérdida de tan sagrado objeto, y temía que alguna impura mujer se atreviese á tocar el tambor.

La veneración que este sencillo é idólatra pueblo tiene á tan despreciables animales se extiende hasta después de la muerte de ellos.

Ya dejamos dicho que bajo ningún pretexto se permiten los indios matar á una serpiente, aunque sea de las más venenosas. Cometer tal acción es considerado como *pecado mortal*; la simple vista de una cabeza de serpiente aplastada se conceptúa como precursor de serias calamidades. Cuando, ó por efecto de causas naturales ó por la acción de algún criminal, estos malayalos encuentran un ofidio muerto, le conducen al horno crematorio para en él ser quemado con las mismas solemnidades que se observan en la cremación de los brahmanes de las más altas castas. El esqueleto es cubierto de sedas y quemado con madera de sándalo, y acto seguido se le ofrecen oblaciones para aplacar su cólera.

Para remate de este artículo vamos á mencionar y describir los sorprendentes artificios y poderes de los encantadores de serpientes. Tan pronto como el viajero pasa las mansas y tranquilas aguas del Mediterráneo y pone su pie en el viejo y pagano continente africano ó asiático, lo primero que se le ofrece á su vista son una clase de hombres que con algunos instrumentos músicos encantan serpientes, aun las más venenosas, entre las cuales se encuentra la cobra, manoseándolas y usando de ellas según su capricho para diversión del europeo, no acostumbrado á presenciar tales espectáculos. La confianza con que estos encantadores

(1) Conf. Malabar and its Folk, pág. 151.

tratan las cobras procede de haber previamente extraído una piedra, la que provee á sus dientes de veneno, de debajo de la lengua ó detrás de la especie de caperuza que es peculiar á este género de ofidios. Esta piedra es tenida en gran aprecio como antídoto contra las picaduras de víboras venenosas. Dícese ser parecida en tamaño y forma á la contenida en el fruto del tamarindo, y conócese ser verdadera, si sumergida en agua produce burbujas, ó si colocada en la boca da un saltito y se fija en el paladar. Cuando se aplica á los orificios abiertos por la mordedura del ponzoñoso reptil, se adhiere fuertemente y extrae el veneno, desprendiéndose por sí misma una vez que se haya saturado.

Tan pronto como la piedra cae, si se desea extraer el veneno por ella absorbido, es necesario colocarla en un vaso de leche, la cual, después de la inmersión de la piedra, queda completamente negra.

Y ya que hemos tocado el punto de la curación de mordeduras de venenosos reptiles, que causan varias víctimas al año en estos descuidados pueblos, citaremos el tratamiento que usan en estos casos. Cogen un gallo y le hacen una incisión en el pico. Después aplican la parte cortada á las heridas causadas por los dientes de la serpiente, las cuales deberán extenderse ó rajarse con algún cuchillo. Pasados algunos instantes el gallo muere, y si el paciente no recobra aún el sentido, se le aplican más gallos hasta ponerle fuera de

peligro. Esta práctica está fundada en que el veneno es absorbido por la sangre del inocente animalejo.

Si una persona que va de viaje ve alguna cobra, debe suspender su camino, ya que este acontecimiento es considerado como mal agüero.

Si uno sueña que ha sido mordido por una serpiente, este hecho es tenido como preservativo de la mordedura, y si sueña haberlo sido por una cobra, es señal inequívoca de obtener pronta sucesión.

Cuando los nativos buscan un tesoro se proveen de báculos cortados de alguno de los árboles consagrados á las serpientes, en la creencia de que cuando éstas vean la divina madera huirán abandonando el tesoro que custodian.

Nos haríamos latosos y fastidiosos si intentásemos detallar las supercherías y fábulas que vemos consignadas en las obras que de estos pueblos y sus ideas religiosas tratan. Bástenos para terminar este desaliñado escrito sobre la ofiolatría, pedir á los pacientes lectores una ferviente plegaria para que la promesa contenida en las primeras páginas de nuestras divinas Escrituras se verifique también en estas tierras; que el fruto de la Mujer por excelencia, de María, quebrante la cabeza de la serpiente, destruya su reinado y liberte estos pueblos de tan ominosa servidumbre y esclavitud. *Ipse conteret caput tuum.*

FR. BRUNO DE SAN JOSÉ, C. D.
Misionero Apostólico.

EN CARTAGO. = NOTAS DE ARQUEOLOGIA CRISTIANA

POR EL R. P. A. L. DELATTRE, DE LOS PADRES BLANCOS
MIEMBRO CORRESPONDIENTE DEL INSTITUTO DE PARÍS

Ilustran la siguiente preciosa noticia del R. P. Delattre todos los grabados del presente número. Creemos inútil hacer notar que su aspecto roto y gastado proviene de la misma exactitud con que reproducen los motivos arcaicos de las fotografías enviadas por el sabio misionero arqueólogo de Cartago.

I.—PRECIOSO FRAGMENTO DE BAJORRELIEVE



GRADABLE sorpresa me esperaba el 7 de Octubre de 1909. Un árabe de Cartago me trae algunos restos, cascotes de jarro y pedazos de mármol que ha encontrado en el suelo. De los pequeños pedazos que me ofrece atrae particularmente mi atención un minúsculo pedazo de mármol muy blanco, cuyo tamaño sería apenas el de la mitad de un huevo de gallina. Para dar idea de su volumen bastará decir que apenas pesa 110 gramos. Es finísimo. El carácter de su escultura me hace sospechar que acaso podría pertenecer á nuestro magnífico bajo relieve de la Santísima Virgen, descubierto, ha más de un cuarto de siglo, en *Damaus-el-Karita*, fragmento que era la admiración del sabio Rossi; el célebre arqueólogo lo atribuía al siglo IV y lo tenía por el más bello ejemplar de la escultura cristiana en Africa.

Este bajo relieve representa á la Virgen sentada en

un trono con el Niño Jesús en las rodillas. Delante del Sagrado Grupo había un ángel y detrás del trono dos profetas. La escena entera debía representar la adoración de los Santos Reyes. (Véase el grabado, página 113).

No solamente sospechaba que el fragmento pertenecía á este bajo relieve, sino que estaba tan convencido de ello, que al instante que vino á mis manos, mostrándolo á mi compañero el P. Vicente, que á la sazón estaba en la sala de visitas, le dije: He aquí un pedacito de nuestro bajo relieve.

Mirando el fragmento por un lado, se le hubiera creído la parte superior de una de las alas del ángel; mas examinándolo en otro sentido, parecía la parte cabelluda de una cabeza con un pedazo de nuca. (Véase el grabado).

Para salir de dudas fuí á ver si encontraba el lugar que dicho fragmento ocuparía antes de que los vándalos, bárbaros ó musulmanes hubiesen mutilado, hace no pocos siglos, esta admirable escultura cristiana.

El primer sitio en que lo coloqué resultó ser el suyo: la fractura inferior se adaptaba al mismo encajando á maravilla. Ni siquiera había necesidad de sostenerlo; se sostenía por sí solo y nos daba la mitad posterior de la cabeza de uno de los profetas, del que está contiguo al hermoso marco calado que rodea la escultura.

A pesar de la falta del rostro, este fragmento minúsculo da al personaje su verdadera actitud y completa su talla. El grupo, tan lamentablemente mutilado, ha ganado algo en conjunto, de manera que la escena resulta más animada.

La edición francesa de *Las Misiones Católicas* publicó en 1883 (número de 10 Agosto, pág. 378), el bajo-relieve tal como fué exhumado de las ruínas de la gran basilica de Damous-el-Karita. De entonces acá, hemos podido añadir al fragmento principal otros pedazos felizmente descubiertos en las excavaciones. Acerca de esta preciosa escultura de la Virgen Madre puede verse el estudio que hice en mi obra: *Le culte de la Sainte Vierge en Afrique d'après les monuments archéologiques*, pág. 3-18.

Hoy, gracias al nuevo fragmento objeto de esta nota arqueológica, puedo dar una excelente reproducción de la magnífica pieza de arte cristiano, por medio de una fotografía que debo á la amabilidad de M. Henry Bourbon, siempre dispuesto á poner su habilidad, tiempo y persona al servicio de la arqueología de Cartago. Gustoso aprovecho la oportunidad para manifestarle desde estas páginas mi agradecimiento.

La noticia de este hallazgo causó verdadera alegría en París y en Roma.

Un miembro del Instituto de París á quien comuniqué la noticia del descubrimiento, me decía:

«De cuanto su carta contiene, lo que más alegría me ha causado ha sido el descubrimiento que me anuncia de un nuevo fragmento, minúsculo pero muy importante, del magnífico bajo-relieve de la Virgen que hará un cuarto de siglo descubrió V. en las ruínas de la basilica de *Damous el Karita*. Sólo su experiencia podía reconocer este fragmento y asignarle inmediatamente, como me dice ha hecho, el lugar que le correspondía.

«Le felicito. Esto prueba una vez más cuán fundadas son nuestras esperanzas de que encontrará nuevos fragmentos de estas curiosas esculturas» (1).

El sucesor de M. Rossi, el profesor Marucchi, hoy director del *Nouveau Bulletin d'archéologie chrétienne*, me escribía desde Roma:

«Le felicito por el feliz hallazgo del fragmento de la célebre escultura de la Virgen.»

Cuanto se interesen por la arqueología cristiana y de un modo especial los que conozcan nuestro magnífico bajo-relieve de la Virgen, se alegrarán con nosotros por el feliz hallazgo que acabamos de hacer, tan pequeño en apariencia, pero tan importante para la reconstitución de esta obra de arte.

Este fragmento, que después de tantos siglos contribuye hoy á la reconstrucción de este importante monumento cristiano, prueba una vez más, que, para el estudio de la antigüedad y sobre todo para las investigaciones arqueológicas no hay que despreciar nada. El menor fragmento tiene á veces incalculable valor.

El mes de Noviembre debía probármelo con otra sorpresa análoga.

(1) Con el bajo-relieve de la Virgen habíamos encontrado otro con la aparición del Ángel á los pastores, escena esculpida en el mismo mármol y por el mismo cincel.

II.—FRAGMENTO DE LA INSCRIPCIÓN DE LAS SANTAS MÁRTIRES PERPETUA Y FELICITAS, (1) CON SUS COMPAÑEROS.

Uno de mis compañeros, el P. Boisselier, el hábil autor de la reconstitución de nuestras grandes esculturas de la Victoria y de la Abundancia, admiradas de todos los visitantes del Museo Lavigerie, después de doce años de vida apostólica en las Misiones del África ecuatorial, se halla actualmente de regreso en Cartago,



CARTAGO.—EL R. P. DELATTRE, EN EL JARDÍN MUSEO DE SAN LUIS.— Reproducción de fotografía enviada por el reverendo Delattre

á donde ha venido para recobrar la salud y fortalecerse. Por el momento reside en el *Sanatorium* de San Cipriano de Bou-Khris, cerca del terreno en que he descubierto las ruínas de la Basilica de las Santas Perpetua y Felicitas, el lugar de su sepultura y muchos fragmentos de la inscripción en que figuraban los nombres de sus compañeros de martirio *Saturus*, *Satur-*

(1) Un Decreto pontificio de 25 de Agosto de 1910 extendió la fiesta de las Santas Perpetua y Felicitas á la Iglesia entera. Esta fiesta, elevada al rito doble, fué señalada para el 6 de Marzo. El honor insigne que se hizo á estas mártires gloriosas, hace más precioso todo cuanto á su memoria se refiere.

ninus, *Revocatus* y *Secundulus*. (Véase el grabado adjunto).

Como es natural, el P. Boisselier no olvidó en medio de los negros de Nianza, sus aficiones arqueológicas. Hace frecuentes excursiones al llano de *Meidfa*, en donde recoge fragmentos de inscripciones que escaparon á toda investigación y que las últimas lluvias han dejado á flor de tierra.

El miércoles 10 de Diciembre, 25.º aniversario del

P. Boisselier me trae el trozo de mármol. Exactamente lo que me decía. El estilo del grabado, el color del mármol y la vena horizontal que lo cruza, no dejan lugar á duda.

El lunes 27 de Marzo de 1907, en el preciso momento de la emocionante reconstitución del texto con los fragmentos hallados la semana precedente, un pedazo, exhumado *un año antes*, perteneciente á SATURNINUS, fué descubierto por el Hermano Rogaciano en medio de millares de trozos de mármol de todas clases y tamaños, recogidos en las investigaciones y amontonados en el jardín de San Luis. Con aquel pedazo estábamos ciertos de poseer todos los nombres, esto es, los de Santa Perpetua y Santa Felicitas, con los de sus cuatro compañeros *Saturus*, *Saturninus*, *Revocatus* y *Secundulus*.

A aquel pedazo de mármol encontrado por el Hermano Rogaciano en 1906, se adapta la letra A encontrada en 1909 por el P. Boisselier.

En nuestras excavaciones hemos descubierto que los Santos que se veneraban en la *basilica majorum* tenían grabados los nombres en grandes medallones de mármol, rodeados de adornos cuyo centro ocupaba una cruz. El nombre del mártir estaba grabado en la cruz de la manera siguiente:

S
A
N
S E C V N X D V L V S
T
V
S

y los adornos contenían la fecha unas veces de su martirio y otras de su fiesta.

El P. Boisselier descubrió también en el lugar de la basilica un fragmento de cartela procedente de uno de esos medallones el cual llevaba las tres letras IAS, resto, sin duda, de *Nonas Martias* (1), pues esta es la fecha que lleva la gran inscripción de los mártires.

Entre los demás fragmentos hallados en nuestras excavaciones, M. Paul Monceaux ha descubierto la fecha 11 de las Calendas de Junio, correspondiente al 22 de Mayo, día en que la iglesia de Cartago celebraba la fiesta del aniversario de los mártires *Castus* y *Emilianus*. La Iglesia africana todavía celebra su memoria en el mismo día. Todo induce á creer que los cuerpos de estos Santos se conservaban en la misma basilica.

De los brazos de la cruz que había en cada medallón pendían dos cadenas, y al fin de ellas, medallas una con el Alfa y otra con la Omega. Así lo demuestra el medallón de *Secundulus*, que ha podido reconstituirse.

(Concluirá).

descubrimiento del sitio primicial de Cartago, en el momento en que en la Primacial debía cantarse solemnemente el *Te-Deum* de acción de gracias, el P. Boisselier llega á San Luis y me dice lleno de júbilo:

—«He hallado un nuevo fragmento de la inscripción de los mártires.»

No lleva el fragmento; pero en presencia de la inscripción que hemos reconstituído y que se halla expuesto en el Museo Lavigerie, me muestra el lugar en que se adapta.

Es la A de SATURNINUS.

Tres días después, el sábado 13 de Noviembre, el

(1) Cf. Paul MONCEAUX, *Bulletin des Antiquaires de France*, 1908, p. 198, sesión del 6 de Mayo. — DELATTRE, *Revue Tunisienne*, año 1908, p. 442, y año 1909, p. 223.

NOTAS ETNOGRÁFICAS DE LOS HABITANTES DE LA GUINEA ESPAÑOLA

Supersticiones: la tumba homicida



ACE ya varios años que en una de las frecuentes visitas que acostumbraba hacer á la reducción Claret, sita en la bahía de Corisco, encontré las rancherías pamues de los alrededores de la reducción todo alarmadas y en completa conmoción.

Así que desembarqué iban apareciendo por aquí y por allí hombres, mujeres y niños espantados y temerosos.

Pues, ¿qué novedad hay? les pregunté. «¡Ah, Padre! Eyega (era un pobre viejo á quien tenía bien conocido) tiene una tumba de matar gente, y ya ha matado á fulano y mengano, y por eso Déchuma-Mayu (era el jefe de la ranchería principal) ha llamado al brujo ó fetichero para que busque la tumba fatal que tiene Eyega.» Escuché sus relatos, los disuadí de que hubiera tales males, y después de cumplir con las obras de mi ministerio me volví á Elobey. El domingo siguiente repetí la visita con objeto de decir Misa, y, como es de suponer, la conversación recayó en la tumba homicida. «Sí, Padre, sí, ya se ha encontrado la tumba de matar gente, y Eyega era quien la tenía.» A ese objeto habían llamado á Obiang-Nguasa, jefe pamue del territorio de Cabo San Juan, el cual, después de ejecutar mil cosas extrañas y supersticiosas, dió con el tan maléfico fetique. Dos tumbas mortíferas fueron halladas en poder de Eyega, de las cuales una se llevó el citado Obiang y la otra fué entregada al jefe Déchuma, quien al poco tiempo la puso á mi disposición, y aún la conservo. Pero dirán mis lectores: ¿qué hay sobre la referida tumba?

Consiste la horripilante tumba ó tambor africano en uno de los huesos humanos del fémur, en el cual han practicado una ranura longitudinal, con lo cual toma dicho hueso la forma de las tumbas ordinarias que se usan por aquí, pero hechas de un tronco de árbol. Para tocar, cogen también dos huesos de un brazo humano, los cuales sirven de palillos. Esta tumba no es conocida sino por los más iniciados en los secretos de la superchería negra, y basta nombrarla para que pequeños y grandes huyan á toda prisa como si vieran ú oyeran al diablo.

Así es que al querer deshacerse de un enemigo que no admite componendas, encamínase el ofendido á la casa del fetichero poseedor de la homicida tumba, y después de entregar al dueño buena cantidad de dinero ó su equivalente, toma nuestro hombre el instrumento de su venganza, se dirige á su pueblo, y entrada la noche comienza á practicar las faenas encaminadas á dar muerte al ofensor con tan extraña manera.

Dicen ellos que, con ser tan pequeña, en el momento de tocarla crece y toma el grosor de uno y más metros, y así es que la oyen todos los que tengan otra semejanza, aunque disten de allí mil y más leguas.

Al toque de la tumba prodigiosa añaden otras prácticas supersticiosas que sería largo enumerar, con todo lo cual logran, según dicen ellos, que desaparezca de entre los vivos aquel contra quien se dirigen tales ceremonias ó, como ellos dicen, medicinas. Afirman algunos que esta virtud maléfica de la notable tumba sólo se extiende á los miembros de la familia del que la usa, pero otros le atribuyen un radio de acción más extenso y universal. ¡Pobres gentes! Roguemos por ellas y cooperemos del modo que podamos, á sacarlos de las tinieblas en que se hallan envueltas.

Sacrificios humanos

1.º Es tan natural al hombre el culto á la Divinidad, que no se encontrará pueblo alguno que deje de exteriorizar en una forma ó en otra ese sentimiento religioso. Unas veces lo ejecuta para manifestar la dependencia absoluta que tiene del Ser Supremo, otras, forzado por el peso de sus maldades, intenta desagraviar á esa Majestad ofendida; tiempos hay en que la gratitud le impele á entonar un himno de alabanza á su munífico Bienhechor, y, finalmente, en ciertas ocasiones, sino siempre, convencido de su debilidad y sintiéndose nada, levanta sus manos suplicantes al Altísimo. A ese fin no sólo ofrece sus bienes al Ser Grande, sino que los destruye é inmola en obsequio del Dios á quien adora. Y Dios, con ser tan grande y tan suficiente en sí mismo, acepta las ofrendas que le presentan los mortales, y se complace en ellas, y se aplaca su ira, y le fuerzan á dispensar nuevos favores á los miserables. No, la religión no es una invención de la astucia, ni de la avaricia, ni de la vanidad de los hombres; es una necesidad de nuestra naturaleza, es una obligación ineludible. Pero aunque ello sea así, ¿cuánto y cuánto se desvían los pueblos de la práctica de la verdadera Religión, bien teniendo por Dios á aquello que es hechura de sus manos, bien tributando á Dios un culto que no le puede agradar, antes le aborrece y detesta! Y si en medio del Cristianismo se encuentran tantas y tantas cosas que en vez de honrar á Dios le deshonoran, ¿qué hallaremos entre estas gentes salvajes, ignorantes y degradadas?

Ya anoté en otra ocasión lo que respecto de la Providencia de Dios admiten estas tribus y el motivo de adorar sus ídolos, consistentes en algún objeto que perteneció á alguno de sus antepasados, como calaveras, casas, árboles, etc.

Entre los pamues, balengues y otras familias de nuestra Guinea continental, encontramos una práctica asaz cruel, impía y sobre toda ponderación detestable. ¿Es un padre de familia que, á pesar de trabajar en recoger goma, cortar bokumes ú otras maderas aprovechables, no puede medrar como alguno de sus vecinos? En su desmedido afán de riquezas y de gloria vana, consistente principalmente en hacerse con el mayor número posible de mujeres, no titubeará en ejecutar la

diabólica traza desarrollada en los antros de su dura mollera; la cual traza se reduce á sacrificar al ídolo uno de sus hijos, pues el ídolo no le concede riquezas y gloria porque no le ha demostrado suficientemente que se acuerda de él y que de él lo espera todo. Y dicho y hecho: aquel pedazo de su ser ha de morir, es la voluntad del ídolo y no hay otro remedio. Y el padre degüella á su propio hijo y le ofrece en sacrificio expiatorio é impetratorio en obsequio de sus antepasados, representados en unas calaveras encerradas en una caja de corteza de árbol, sucia, asquerosa y nauseabunda, llena, además, de mil sabandijas. Imposible se hace describir las ridículas y endiabladas ceremonias que acompañan este tan bárbaro acto, pues la pluma se resiste á consignar cosas tan repugnantes. Y el bueno del hombre se queda tan fresco y tan esperanzado de que de allí en adelante nadará en la abundancia y riquezas, pues con el sacrificio hecho tiene segura la amistad de los factores blancos, los cuales pondrán en él toda su confianza y le entregarán todos los efectos de comercio que desee. Pero no está aún dicho todo: una vez ofrecidas aquellas carnes humanas al ídolo, se reúnen los notables de la familia (jamás las mujeres y niños), y con aquello que es carne de su carne y sangre de su sangre celebran un regocijado convite, con lo cual tienen la «medicina» para ser felices. ¡Pobrecitos! ¡Cuán defraudados quedarán en sus locas y vanas esperanzas! Hagamos por ellos una súplica al Padre de las luces para que los ilumine á todos con la luz que es su Unigénito Hijo y Salvador nuestro.

Confesión de los pecados

2.º Cuán falsa sea la idea que tienen algunos res-

pecto de que los morenos no son capaces de formarse concepto de las relaciones que el hombre tiene para con el Ser Supremo y de la intervención de este Ser en las acciones del hombre, castigando las malas y premiando las buenas, se echa de ver claramente por una práctica supersticiosa que tienen los pamues, la cual, con ser tan vana, no deja de encerrar notables enseñanzas.

¿Amenaza una calamidad á una ranchería ó á toda una comarca? Luego entran en sospecha de si aquel mal vendrá por los pecados allí cometidos, y el partido que toman es purificarse de ellos para así ahuyentar tanta desgracia. Al efecto llaman al fetichero (ngen-gan), y éste se presenta en el lugar señalado (suele ser la plaza del pueblo) con una olla ó vasija, la cual contiene un cocimiento de hierbas de sólo él conocidas, mas una liana que extiende en la plaza en forma de circunferencia, á la cual se van agarrando todos los que se reconocen pecadores. En el centro está nuestro hombre, el cual coge su vasija, y, acercándose al primero, le rocía con el cocimiento purificante, mientras que el penitente va diciendo en alta voz sus fechorías. Hecha esta ceremonia con todos, el fetichero corta la liana en trozos y la tira al bosque, y se da por purificado el vecindario y conjurado el mal que se temía. Repetimos que, con ser tan absurda esta práctica, incluye grandes enseñanzas, pues se nos manifiesta en ella la creencia en el orden sobrenatural, la providencia y justicia de Dios, y cómo, arrepintiéndonos de nuestros pecados, podemos obtener el perdón de ellos si hacemos aquello que Dios ha establecido á ese fin.

N. G., C. M. F.

ESTADO ACTUAL DEL CATOLICISMO EN EL JAPON

Impresiones del R^{mo}. P. José M.^a Alvarez, O. P., Prefecto Apostólico de Shikoku

Como todos los años, hemos tenido el gusto de recibir *El Correo Sino-Annamita*, voluminoso tomo de correspondencias de las Misiones del Sagrado Orden de Predicadores en China, Tunking, Formosa y Japón. Las hay en el que acabamos de recibir notabilísimas, mereciendo especial mención el extenso, muy erudito y curioso trabajo del P. Severino Alonso: *Breves estudios sobre un Manual de preces budhistas*.

De este volumen que sinceramente agradecemos á la benemérita Orden de Padres Predicadores, copiamos la siguiente carta del ya conocido de los lectores de *Las Misiones Católicas*, reverendísimo P. José M.^a Alvarez, O. P., actual Prefecto apostólico de Shikoku (Japón).



Los misioneros que se encuentran rodeados de miles de cristianos, y aquellos que evangelizan á pueblos deseosos de escuchar las doctrinas del Crucificado, no hay duda alguna que, al terminar el año, se encuentran en posesión de un gran número de hechos edificantes, de episodios tristes ó alegres aventuras, que nunca faltan en el ejercicio de su ministerio; mas,

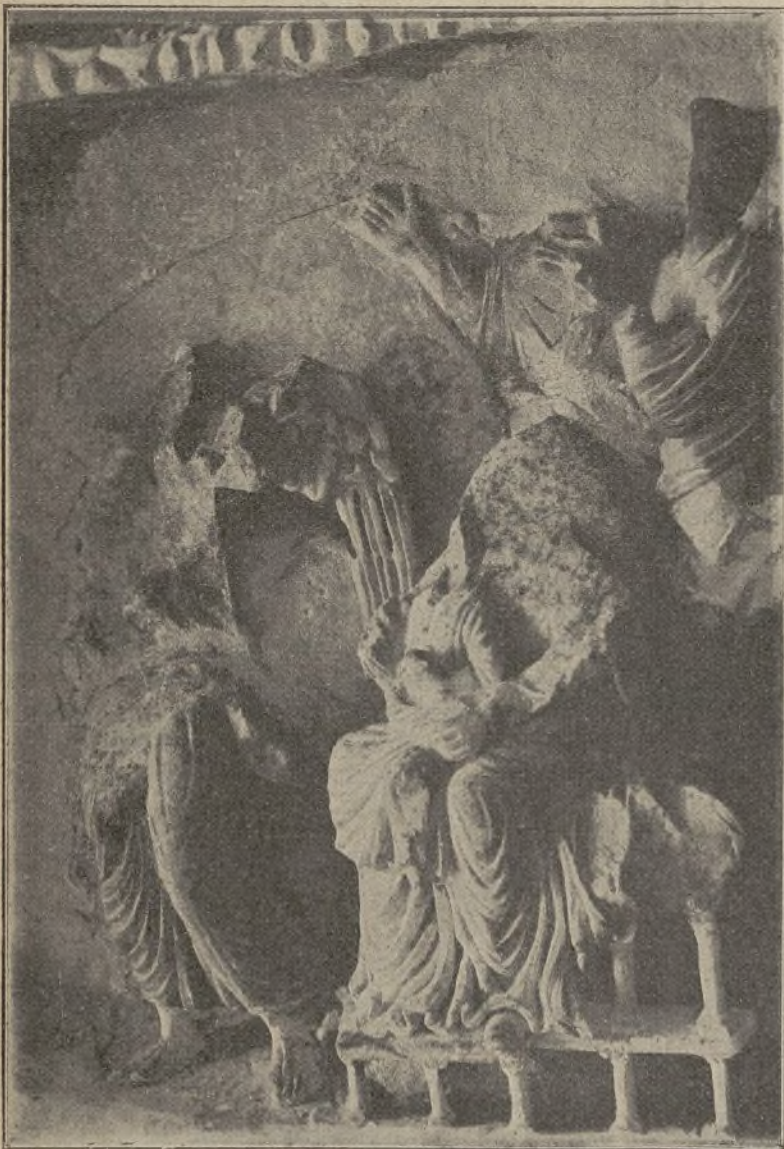
para un misionero de Shikoku, donde existe un reduci-

do número de creyentes, viviendo en un pueblo tan civilizado como el Japón, que mientras rodea á nuestras personas de toda suerte de garantías y consideraciones como miembros de la sociedad, relega la cuestión religiosa á un lugar muy secundario, los hechos emocionantes, los episodios casi dramáticos brillan por su ausencia. Esto no quiere decir que no haya casos y cosas que referir; pues, si, como oí en cierta ocasión, el mundo se compone de títeres, éstos, cuando menos, siempre hacen reír al presentarse en el balancín en que se mueven, y un servidor, por dar gusto á quien puede mandar, va á emborronar unas cuartillas contando lo que más digno de contar sea.

Sea la primera nota simpática, la de haber celebrado este año con grande solemnidad y devoción la fiesta del Santísimo Rosario en Kochi, nuestra más floreciente cristiandad.

De la revista católica el «Koyes», que se edita en Tokyo, tomo la reseña de la fiesta, que dice así: «Los Religiosos de Santo Domingo, á cuyo celo está encomendada la evangelización de la isla de Shikoku, se reunieron este año en Kochi, para hacer los Santos

Ejercicios, á primeros de Octubre, mes especialmente consagrado para honrar á la Santísima Virgen del Rosario, devoción que ellos han enseñado y propagado por todas partes. Con este motivo pudo celebrarse con grande pompa la fiesta principal el día 3 del corriente.



CARTAGO. —BAJORRELIEVE DE LA SANTÍSIMA VIRGEN CON EL FRAGMENTO ÚLTIMAMENTE DESCUBIERTO. —Reproducción de fotografía enviada por el R. P. Delattre. (Pág. 107).

A las siete se dijo Misa de Comunión general en la que muchos cristianos se acercaron á la sagrada Mesa. A las nueve y media se empezó la función principal por la administración del santo Bautismo á 7 catecúmenos, que quisieron consagrarse desde el primer día á la Santísima Virgen, aguardando á recibir el Bautismo para ese día. La Misa fué solemnemente cantada con acompañamiento de armonium por los Padres Misioneros y por la capilla de niños, predicando después del Evangelio, sobre la devoción del Santísimo Rosario, el Padre Millán, misionero de Uwajima.

Por la noche á las siete, expuesto el Santísimo Sacramento, empezóse el Rosario, cantándose el quinto misterio y la letanía, y después de la bendición una bonita despedida. Con esto se puede decir que terminó la función religiosa, aunque todavía en el *dendoba*, ó

sala de reunión, un Padre misionero y el catequista expusieron la verdad de la Religión á más de 200 asistentes.

Acto seguido, en un escenario previamente preparado, varios niños representaron admirablemente, en una comedia en cinco actos, el martirio del Santo Niño Antonio, crucificado en Nagasaki, haciendo derramar lágrimas á muchos circunstantes. Pasadas las diez se terminó el acto conmovedor, marchando cristianos y gentiles gratamente impresionados.

Añadiré, para completar, que nuestra pequeña capilla se había previamente adornado, como saben hacerlo los japoneses, y lo que más llamó la atención este año fué la bonita imagen de la Virgen del Rosario, que hace tres años nos regalaron varios Padres de Manila, que se destacaba radiante de hermosura entre un bosque de crisantemos y otras flores naturales de variadas formas y colores, un arco de flores artificiales hecho por los cristianos, y sobre su diadema, cayendo del techo, una especie de cortina de finas y brillantes varillas de metal blanco y dorado, que hacían reflejar las luces, dando á la cara de la Virgen una expresión encantadora.

El ejercicio se continuó durante todo el mes de Octubre, añadiendo los domingos algún motete entre los misterios, y terminando como de costumbre, con la bendición del Santísimo. Poco á poco el Santo Rosario va siendo la devoción favorita de nuestros cristianos, y con éste, crece el amor á María Santísima, á quien desde el principio está consagrada la Misión de Shikoku, y con cuya poderosa ayuda esperamos se han de convertir estas pobres gentes.

En las otras residencias, donde los cristianos son pocos, también se ha hecho lo que se ha podido; y gracias á Dios, hoy día cada Padre tiene su auxiliar catequista que le ayude en la ímproba tarea de arrancar almas de las garras de Satanás; y siguiendo lo que dice el adagio italiano: *chi vá piano vá sano, chi vá sano vá lontano*; espera-

mos que de aquí en adelante ha de ser menos infructuoso este nuestro ministerio.

Otra cosa de que voy á dar cuenta es, el habernos encargado, este año, de ir á dar conferencias religiosas, ó sencillas explicaciones de catecismo, á una leprosería fundada y sostenida por el Gobierno, en una isleta cerca de la ciudad de Takamatsu, en donde hoy se hallan reunidos unos 160 leprosos.

Ahora, por primera vez se ha dado cuenta el Gobierno japonés de que esta asquerosa enfermedad, tan aborrecida y extendida en Japón, donde, según se dice, llegan á 80,000 los atacados, no tiene otro remedio en lo humano, si se quiere detener su avance, que el aislamiento completo del paciente.

Por imitar en parte lo que en otros países se ha hecho, el año pasado se fundaron varias leproserías en el

imperio, sostenidas con los fondos de varias prefecturas, que para tal objeto se reunieron. Tardío y men- guado retoño del filantropismo ja- ponés, que no cuenta con ningún establecimiento de beneficencia, ya que la verdadera caridad no es planta cultivable en los jardines del Paganismo.

Una de estas leproserías sosteni- das por las cuatro Prefecturas Shi- koku y otras cinco más, se ha ins- talado en una linda isleta llamada Oshima, de legua y media de cir- cunferencia, y á 40 minutos de dis- tancia de la ciudad de Takamatsu, en un pequeño vapor movido á pe- tróleo que tiene para su servi- cio.

El año pasado, al empezar las obras, el que hoy está al frente de dicha leprosería, adepto protestan- te por más señas, vino á Tokushi- ma á entrevistarse conmigo y pe- dirme con instancia que fuéramos á establecer residencia en Taka- matsu, que él nos ayudaría; y que tomáramos á nuestro cargo el ins- truir en la religión cristiana á los leprosos; que no sólo él, sino el Consejo de administración que lo componen los Prefectos y jefes de policía, lo deseaban, y se alegra- rían de ver que aceptáramos su proposición. Se habían hecho car- go de la dificultad que encerraba el privar á los hombres de su liber- tad, y que éstos quisieran sacrifi- carse de buen grado al encierro perpetuo en aquella isla, sin encon- trar, en cambio de tanto desprendi- miento, alguna otra prenda de ven- tura; y creían que esto sólo lo po- drán encontrar en las consoladoras enseñanzas de la Religión católica; pues sabían que los protestantes no habían de aceptar, y, por otra parte, la leprosería de Gotemba, la más antigua del Japón, donde se cuidan unos 100 leprosos, y otra fundada más tarde en Kuma- moto al cargo de las Misioneras franciscanas, son bien conocidas en Japón, que por ello admiran la ca- ridad heroica de los católicos, para ellos incompre- nensible.

Como ningún compromiso oneroso se nos exigía, sino que nos dejaban en completa libertad para ir cuando fuera de nuestro agrado y lo mismo para volver, pu- diendo durar nuestra enseñanza el tiempo que quisié- ramos, aceptamos de buen grado, tan siquiera por sal- var las almas de algunos desgraciados en peligro de muerte, y poder ir echando los fundamentos de una nueva cristiandad, para lo que mucho nos ayuda el buen nombre que se adquiere, y las relaciones con em-

pleados del Gobierno y personas de buena posición, que en estos viajes se contraen.

Siendo la residencia de Tokushima la más próxima á dicho lugar, todavía necesitamos un día de viaje, sea por tierra ó por mar, y por esta razón, que es de eco- nomía, solamente vamos una vez al mes, permanecien- do allí dos ó tres días, durante los cuales tenemos á nuestra disposición casa y comida gratis, y no pequeña cantidad de atenciones y cumplimientos.

La organización de la leprosería en cuanto á lo ma- terial, es admirable, y montada con todo el *confort* y adelantos que pudieran desearse. Bonitas y aseadas casas japonesas para habitación de hombres y mujeres, formando barrios separados, habiendo casas á propósi- to para familias enteras, con baños muy capaces é hi- giénicos; un hospital, separado un medio kilómetro,



CARTAGO.—BAJORRELIEVE DE LA SANTÍSIMA VIRGEN, OBRA DE ARTE DEL SI- GLO IV, VISTA DE CONJUNTO ANTES DE EXHUMARSE EL ÚLTIMO FRAGMENTO.— Reproducción de fotografía enviada por el R. P. Delattre. (Pág. 107).

con todos los aparatos de última novedad, servido por dos médicos y un asistente; preciosas casas separadas en una linda colina, rodeada de pinos, para todos los empleados, que son en número suficiente para comerse la mitad del presupuesto, y por último, espaciosos depósitos, en donde se guarda todo lo necesario para aquella pequeña colonia, ya que hasta ahora de todo se les provee sin trabajo alguno de su parte.

Tampoco se han olvidado de levantar, en un lugar á propósito, una espaciosa sala para reuniones; en ella exponemos nosotros nuestra doctrina, teniendo por oyentes, no sólo á los leprosos de todo sexo y edad, para quienes es obligatorio, sino á muchos de los empleados que voluntariamente nos acompañan.

Entre estos últimos se cuentan un católico y cuatro protestantes, y de todos somos bien recibidos y tratados, aprovechando nosotros estas buenas disposiciones para hacer propaganda, repartiendo libros y hablándoles luego en reunión particular. Esperamos obtener algún fruto de esta simiente, que, con la mejor voluntad y fines ultra-terrenos, esparcimos en nombre del Señor.

Con motivo de esta carga que voluntariamente hemos echado sobre nuestros hombros, el 18 de Noviembre recibí un susto monumental, que, gracias á Dios, no duró muchas horas.

El P. Juan Calvo, que está en mi compañía, había salido dos días antes con el catequista para cumplir este oficio. El 18 muy de mañana, apenas salió el periódico de Tokushima, se presentó en casa una persona conocida con la fatal noticia de haberse ido á pique el barco que los conducía, sin que se supiera la suerte de los pasajeros, entre los cuales figuraban los nombres del catequista y del P. Juan Calvo. ¡Vaya un momento de angustias que me hizo pasar! Inmediatamente mandé á preguntar á la casa naviera para saber lo que había sobre tan triste nueva; mas, felizmente, antes de volver el criado con una respuesta, que no era del todo satisfactoria, ya había renacido la calma en mi agitado corazón. El P. Juan tuvo cuidado de escribirme una cartita, nada más llegar á Takamatsu, en la que contaba el percance sucedido, que no pasó de un susto, sin desgracia alguna personal que lamentar. El barco chocó contra una roca submarina, empezando á hundirse en seguida; mas, como distaba una media milla de tierra, pudieron irse acercando á la orilla y luego bajar á los barcos de pescadores que les pusieron á salvo, continuando después por tierra el viaje comenzado. Esta carta llegó una hora después de la noticia de los periódicos, y así pude recibir con cara risueña á los cristianos, que asustados vinieron á notificarme la enorme desgracia acaecida al P. Juan, pudiendo yo, en cambio, darles la grata nueva de que el muerto que ellos mataban gozaba de buena salud.

Estos pequeños accidentes de la vida apostólica se pueden dar por bien empleados, al considerar la protección visible del Cielo por los que, casi sin medios de

humana ayuda, trabajamos por la honra de Dios, deseando acrecentar con nuevas conquistas el redil de la Iglesia fundada por su Hijo, y hacer que la influencia cristiana se extienda más y más cada día en estos pueblos gentiles.

En el Japón, si la vitalidad del Cristianismo no se distingue por sus numerosas conversiones, es indudable que poco á poco va ejerciendo su influencia bienhechora en todos los sentidos, á medida que sus obras y su doctrina van siendo conocidas; si bien no atrae las simpatías de estas gentes hasta declararse cristianos, con todas sus consecuencias, quiero decir, prácticos y observantes de los diez mandamientos de la ley de Dios. Dar un adiós perpetuo á la vida ancha del Paganismo es una obra muy superior á las débiles fuerzas de la naturaleza humana; y ese materialismo grosero que aprisiona el corazón de los japoneses, es lo que no se concibe bien en un pueblo tan heroico en las batallas, tan tenaz en sus ideales políticos y tan débil de voluntad y falto de carácter para contrarrestar las ruines pasiones del corazón.

En el orden especulativo, no dejan de hacer justicia á la santidad del Catolicismo, y los misioneros tenemos pruebas evidentes al oír con frecuencia alabanzas de nuestra doctrina y admiración por lo que se exige para ser cristiano, á lo cual ellos desconfían de llegar.

Con motivo del grande incendio de Osaka, en el que 14,000 casas fueron pasto de las llamas y 60,000 almas quedaron sin vivienda y en la más espantosa miseria, creando á la vez al gobierno de la ciudad una situación muy dificultosa, no sólo por los socorros que habían de aprestar para hacer frente á las necesidades del momento, sino y ante todo por la dificultad de poder albergar á tantos miles de personas, y el ambiente corrompido, física y moralmente, que era de temer se levantara de tanta aglomeración de gente, reducida á un último extremo; los católicos desde el primer momento organizaron un comité de auxilio bajo la dirección del señor Obispo de Osaka, á cuyo frente estaban los misioneros y Hermanas europeas y cristianos japoneses, los que el mismo día del desastre se presentaron entre aquellos desgraciados, repartiendo lo que pudieron en ropa, arroz y utensilios de los más necesarios, y así han continuado durante el tiempo preciso, recorriendo los diversos grupos de personas y repartiendo, con el óbolo de la caridad, palabras de consuelo y conformidad, que han sido agradecidas, no sólo por los desgraciados á quienes se ayudaba, sino por el Gobierno y los periódicos que han reconocido y elogiado el desprendimiento y caridad de los católicos. No es raro el oír grandes elogios y encomios sobre la persona y mágico poder de la enseñanza de Jesucristo, de personas, al parecer indiferentes en Religión; aunque tampoco faltan, y esto no debe extrañar, ataques más ó menos solapados ó abiertos que tiendan á separar á las masas del pueblo de las sombras protectoras de la Cruz.

(Concluirá).



RECUERDOS DE MI MISIÓN

El niño huérfano Avedis en la persecución turco-cristiana del 95



MANECÍO el 29 de Octubre de aquel infortunado año 1895, y amaneció para nosotros los Misioneros y para los paisanos de Ienige-kalé tan angustioso como su víspera. Mientras el cañón de la guarnición otomana de la villa de Zeitún seguía haciendo oír sus lúgubres ecos en nuestras montañas, la estentórea voz de un paisano de la aldea cristiana de Punar-baxe desde una de las colinas inmediatas pedía auxilio á los habitantes de Ienige-kalé, diciendo que los mahometanos de los alrededores de Don-kalé habían caído armados sobre los cristianos de su aldea. Fué un pánico general en todo nuestro pueblo: nosotros no encontrábamós medio de calmar la gente que á tropel y en grandes masas invadían nuestra casa-misión cuando aún no acabáramos de recoger en el lecho aquella pequeñísima porción de sueño que por la mañana se dignara visitarnos, después de largas horas de vigilia pasadas entre terribles palpitaciones de corazón. Y mientras las mujeres y niños, sin atender á nuestras exhortaciones con que les invitábamos á tener valor, entraban en la iglesia y lloraban y gritaban ante el Santísimo implorando piedad contra la persecución que se desencadenaba, los hombres, armados de todo lo que pudieron haber á mano, fusiles, pistolas, puñales y hasta palos, hacían ruido infernal en el corredor exagerándonos con voces descompasadas mil noticias, mil temores y mil alarmas, al mismo tiempo que se aconsejaban unos á otros, y sin entenderse entre sí, mil partidos de defensa y de salvación. Estos querían que inmediatamente la gente tomase posiciones al redor del pueblo á fin de defenderlo del ataque de los turcos que indudablemente sufriría pocos momentos después; aquéllos anatematizaban violentamente á sus compañeros á fin de que no perdiesen tiempo, marchando todos en el acto á la defensa de la aldea indicada, pues así lo exigía la caridad con sus hermanos y la propia seguridad; unos querían á todo trance se mandase una comisión al Gobierno civil en demanda de protección; otros hablaban ya de escapar á la montaña en busca de refugio. Al fin pudimos calmarlos algún tanto aconsejándolos que ante todo mandasen dos ó tres jóvenes que acercándose á la mencionada aldea trajesen una noticia cierta de lo que allí hubiese acaecido. Mientras tanto, nosotros los misioneros entrábamos en la iglesia á unirnos, ante el Santísimo, á las mujeres y niños, y los paisanos esparcíanse por el pueblo en espera de lo que pudiese sobrevenir.

Así pasaron dos buenas horas, después de cuyo tiempo la gente empezó á salir de la iglesia al objeto de participar de las noticias que pudiesen traer los jóvenes comisionados quienes no tardarían en llegar. Muy luego salí yo también, y al acercarme á la plazuela de la casa-misión para extender la vista hacia la montaña

por donde deberían bajar dichos jóvenes, noté que una buena parte de las mujeres que habían salido rodeaban enternecidas á un niño huérfano, apenas de cinco años, llamado Avedis, quien frente al muro de la casa-misión que daba á la iglesia se santiguaba y volvía á santiguarse sin interrupción, inclinándose profundamente cada una de las veces que se santiguaba. No se sabía ni quién le había invitado á dicha oración, ni de quién aprendiera á hacerla así, pues al menos desde el tiempo que llevaba entre nosotros, es decir, en medio de nuestros niños huérfanos ni una sola vez habría tenido ocasión de haberla visto hacer en aquella forma, pero sin embargo, su fervor era evidente, y las mujeres se recomendaban á él con toda fe, la una diciendo: Mira, Avedis, haz una inclinación también por mí; la otra, mira, á ver si haces dos por nuestro pueblo; ésta, una más para que no vengan los turcos; aquélla, otra más, hijo mío Avedis, y otra más para que el Sultán se convierta y no permita á los turcos matar cristianos. Y si bien el niño apenas comprendía la mitad de lo que se le indicaba, seguía no obstante, y siguió siempre silencioso, haciendo cruces ó santiguándose é inclinándose profundamente hasta que llegaron los jóvenes comisionados trayendo la buena nueva de que lo de la aldea de Punar-baxe había sido una falsa alarma efecto de una noticia también falsa. Que ni los turcos habían caído sobre dicha aldea, ni los habitantes de ésta habían sufrido nada, comunicación que le valió á Avedis algunas docenas de besos.

Pasaron algunos días y la persecución nos obligó á abandonar el pueblo y buscar refugio en la villa de Zeitún. De los misioneros fuí el primero que eché á andar en compañía de dos de los huérfanos más grandecitos, temeroso de que ser rezagado en dicha ocasión significase lo mismo que perecer. Como nuestro primer objeto era pasar á la ribera izquierda del río Horsulu, media legua distante, por creer dicha región mucho más segura que la que ocupábamos, por lo mismo que estaba casi deshabitada y muy próxima á la espesura de los bosques de la cordillera del Tauro, no cuidamos para nada del camino practicable, y al efecto de ganar tiempo cortamos cuesta abajo la montaña, trepando viñedos, atravesando selvas y salvando barrancos. En uno de éstos y muy próximo á un horrendo precipicio encontramos al huérfano Avedis que sentado en tierra se santiguaba con el mismo fervor al parecer que días atrás. Pero esta criatura, pregunté á mis acompañantes que estaban tan admirados como yo, ¿cómo habrá podido venir aquí? Y ahora, ¿de qué medio nos valdremos para sacarla de este lugar, donde nadie tropezará con ella, debiendo ser por consiguiente pasto de las fieras, y trasportarla á la otra parte del río? ¿Con quién veniste, Avedis? interroguéle: ¿puedes seguirnos hasta el río? Pero Avedis, que encima de su corta edad tenía también el privilegio de ser algún tanto estúpido, nada

respondía, ni al parecer entendía nada de lo que se le decía, continuando siempre santiguándose con la misma formalidad que al principio. Indecisos, pues, sobre el partido que deberíamos tomar, y cuando ya estaba para cargar con él al hombro por no encontrar otra solución, he ahí que uno de mis acompañantes me hace ver como no muy lejos de nosotros y en la misma dirección pasaba una mujer conduciendo un borrico con provisiones de viaje, y la que sin duda alguna había tomado también aquel atajo de cabras á fin de ponerse como nosotros un momento antes en salvo. La gritamos que nos esperase un poco, y entregándole á Avedis suplicámosle nos lo condujese con su borrico hasta la orilla opuesta del río, donde procuraríamos proveer por otro medio á su viaje apenas llegase á reunirse la demás gente de Ienige-kalé que también escapaba en aquella misma dirección. Como lo esperábamos así sucedió, y Avedis conducido por este medio á la otra parte del río, pudo desde allí hacer el resto de su viaje hasta el pueblo cristiano de Fernés en compañía de un pariente suyo. Una vez allí, sin embargo, no habiendo podido encontrar bestia con que trasportarlo á Zeitún, nos fué forzoso entregárselo provisionalmente á un tío suyo paterno á fin de que cuidase de él mientras no encontráramos ocasión de hacerlo venir á nuestro lado.

Algunos días después dimos orden á uno de los paisanos de Ienige kalé para que pasando á Fernés nos trajese el huérfano Avedis. El paisano hizo un viaje inútil, porque el tío del niño se resistió á entregarlo, diciendo correría tal vez menos peligro á su lado en Fernés que en medio á la confusión de Zeitún, donde irremisiblemente se desarrollarían enfermedades sin número. Pasaron algunos días más, y apenas se corrió la voz de que las tropas del Sultán caían sobre Fernés, por segunda vez mandamos á aquel pueblo un joven latino con orden expresa de que á cualquiera costa nos trajera el mencionado niño. Cuando el joven llegó á Fernés ya las tropas habían entrado en el pueblo llevándolo todo á sangre y fuego. Fiel á su comisión, subió al punto á las montañas de los alrededores por ver si entre los fugitivos cristianos hallaba al niño ó cuando menos á su tío, y halló al fin á este último con tres hijos suyos. «¿Dónde está Avedis? le pregunta.—¿Ves aquella casa que se alza en el fondo del pueblo? responde el tío; pues allí estaba yo con estas tres criaturas y con el huérfano Avedis cuando la tropa llegó á la montaña de enfrente. Apenas divisé á los soldados, mi primer impulso fué ponerme en salvo con estas criaturas, como también querían hacerlo muchas familias de los refugiados; pero los guerreros cristianos lo impidieron diciendo que nadie absolutamente se moviese, porque además de que la tropa jamás podría penetrar en el pueblo, se daría motivo con eso á que los soldados tomasen ánimo y acometiesen con más ímpetu. Seguí disparando mi fusil desde la puerta de la casa mientras

los niños con algunas mujeres murmuraban dentro algunos rezos. Anteayer defendimos bastante bien el pueblo; los soldados no avanzaron un palmo hasta el anochecer. Ayer, sin embargo, no sucedió lo mismo; por todas partes alojaba nuestra defensa: y los guerreros de Fernés, que tanto empeño pusieran durante la noche en que nadie saliese del pueblo, fueron los primeros por la mañana en abandonar sus puestos y retirarse á las montañas de acá, dando motivo con ello á que todo el mundo hiciese lo mismo, sin cuidarse para nada del peligro que todos corríamos con esta retirada precipitada. Hacia las diez de la mañana sobrevino un momento de horrible confusión; mientras mujeres y hombres, niños y ancianos salían de las casas y huían en todas direcciones, los soldados, precipitándose por la montaña opuesta, avanzaban con bayoneta calada sobre el pueblo. Yo cargué en el acto con estas mis dos niñas, y á mi hijo le dije tomase de la mano á Avedis y me siguiesen. Pero ¡oh fatalidad! al uno y al otro se les encogieron con el miedo los tendones de las piernas, por manera que les era imposible dar un paso. En aquel apuro dí la mano á mi hijo, á quien puse sobre mi espalda, cogí en cada brazo una de mis hijas y eché á andar hacia la montaña lo más aprisa que me permitía el estorbo que conmigo traía, no sin la esperanza de poder volver á coger á mi sobrino, que detrás lloraba á grito tendido pidiendo una y mil veces auxilio; auxilio que á mí me era imposible prestar por el momento. Llegué hasta aquí casi medio desmayado, dejé caer en tierra á estas tres criaturas y volví la vista hacia atrás para marchar en busca de Avedis. Los soldados y la plebe turca habían ya penetrado en el pueblo aullando y corriendo en todas direcciones. Acá y allá humeaban algunas casas. A Avedis le vi acurrucado detrás de una piedra inmediata á la casa que habíamos dejado. Poco después humeaba también ésta; sin duda alguna los soldados ó la plebe le pegaron fuego, sin apercibirse del niño que estaba á ocho ó diez pasos de distancia. Me latía el corazón en aquel momento por manera horrible entre el temor de que le vieses y la esperanza de que pasase desapercibido. Transcurrió mucho tiempo. Ya eran pasto de las llamas casi todas las casas, poco á poco iban desplomándose los techos y llegó también el turno á la nuestra. Un grupo de mahometanos pasaba por las inmediaciones de ésta: se detuvo un momento á observar el fuego y luego prosiguió adelante. En aquel momento fué descubierto Avedis. Estaba perdido si no se compadecían de su edad. Por desgracia era un grupo de inhumanos. Uno de los del grupo se acerca al niño, le sujeta por una pierna, lo arrastra hasta la casa, y lo arroja como un saco á las llamas. En mi vida pronuncié una maldición con tanto fervor como la que entonces brotó de mis labios: si el cielo me oyó, todos ellos morirán de rabia antes de una semana.»

FR. MANUEL TRIGO, O. F. M.



LOS MÁRTIRES DE UGANDA

RELACIÓN TOMADA DE LA HISTORIA DE LAS MISIONES DEL AFRICA CENTRAL
POR UN PADRE DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

Introducción

L EJOS al sur del maravilloso país del Egipto se extiende por la costa septentrional del lago Nyanza el poderoso reino de los negros de Uganda. Sus habitantes eran en el tiempo al que nos referimos, casi todos, ciegos adoradores de los ídolos, y no querían oír siquiera el nombre de Jesús ni el de su bendita Madre. Cierto es que ya desde años atrás habían llegado á la región misioneros católicos para enseñarles el verdadero camino del cielo; pero todos sus esfuerzos habían fracasado por las persecuciones. Con todo llegaron, á fuerza de trabajo, á ganar algunas almas para Dios. Hacía veinticinco años más ó menos que los mensajeros del Evangelio abrigaban risueñas esperanzas, pues el joven rey Muanga parecía inclinarse á ellos; llegó hasta el caso de hacerles visitas, y se hizo instruir en la religión. Bajo tan favorables auspicios aumentaban las comunidades cristianas, y esto fundamentaba la esperanza de que el momento de la gracia se acercaba ya para todo el reino de los negros. Sin embargo, súbitamente y cuando menos se podía prever, cayó sobre la Misión un terrible azote y estalló la persecución, en que más de treinta cristianos habían de lograr la palma del martirio. Esta es la base sobre la cual se desarrolla la narración que en las páginas siguientes ofrecemos al lector.

1.—Asamblea de los caciques

Todavía extendía sus inciertos velos el crepúsculo de la mañana sobre la capital Rubaga, en la costa norte del Victoria-Nyanza, y sobre toda la comarca que la rodea. Largos y grises girones de niebla se separaban poco á poco de la superficie del agua y subían lentamente á las alturas. A lo largo de la orilla se veía aves acuáticas, que en su sueño ocultaban las cabezas bajo el vistoso plumaje; únicamente turbaba su reposo de tiempo en tiempo el rudo bramido de alguno de los hipopótamos, tan numerosos en aquellos parajes. Sin embargo, no tardó mucho en animarse aquella imagen de la muerte. Apenas se había levantado el sol un poco sobre la cumbre de las montañas y había derramado sus rayos por el valle, cuando todo pareció renacer en los bosques. En las ramas de los árboles, en las coronas de las palmeras y entre la tupida trama de arbustos y malezas gorjeaba animado y variadísimo coro de pajarillos. También en las orillas renacía el movimiento. Negros cisnes remaban majestuosamente por las ondas. Los ibis, las gru-

llas y los pelícanos, batiendo sus alas, se remontaban por los aires, y en las alturas revoloteaban, atisbando su presa, las gaviotas y los halcones.

Súbitamente resonó en la próxima colina el sordo redoblar de un gran tambor. ¿Qué es esto? En los anchos caminos se empieza á notar agitación; de cada choza salen hombres al exterior y atisban admirados.

«¿Qué hay tan de mañana, Kariro?» preguntó un negro viejo á su vecino. «No sé nada, Maula. Tal vez el señor quiera dar una batida á los hipopótamos, pero ahí viene un mensaje corriendo. Oigamos lo que dice.»

Efectivamente, se acercaba precipitadamente por la colina un joven, que ya desde lejos gritaba á los hombres: «Ea, wagundas, el Señor Muanga convoca á sus caciques y á sus más viejos guerreros á una asamblea. He dicho.»

En un abrir y cerrar de ojos corrió la voz de choza



CARTAGO.—COLUMNS, SARCÓFAGO Y CABALLO.—Reproducción de fotografía enviada por el R. P. Delattre.

(Pág. 107)

en choza, y al instante se vieron hombres armados de punta en blanco, que se precipitaban á la morada de su rey. Esta se hallaba fuera de la ciudad, sobre una altura. Un ancho dique de madera, tendido sobre un pantano, conducía hasta ella. Después el camino se internaba por praderas, jardines y plantaciones de bananas; pero antes de llegar á su verdadero palacio, había que atravesar cinco fosos, rodeados de fuertes estacadas. En el interior, sobre la morada del tirano, se elevaba altísimo mástil, en que ondeaba el viento la bandera roja y blanca con sus tres colas de mono. Alrededor del castillo habitaban los servidores del real palacio.

Apenas habían entrado en el salón de la asamblea los últimos caciques y se habían colocado á lo largo de los muros, cuando estalló de nuevo el redoble de los tambores y se dejaron oír los cuernos que anunciaban la llegada del rey. Delante del cortejo iba una división de guerreros, que agitaban sus lanzas y dardos sobre la cabeza y que á son de timbales anunciaban las hazañas de su señor. Después que esta vanguardia dió la vuelta á la choza-palacio, se colocó en doble fila ante la puerta principal. Llegó entonces una banda de música, que con el ruido ensordecedor de sus instrumentos produjo una excitación salvaje en la asamblea. A continuación seguía un cuerpo de guerreros, que con gritos de júbilo disparaban de tiempo en tiempo sus armas. Detrás venía Muanga en persona. Sobre una túnica blanca llevaba una sobreveste con las vueltas y bocamangas cuajadas de cuentas de cristal. En las muñecas y tobillos lucía anchos anillos de marfil, y suspendido de una cadena, formada con dientes, ostentaba al pecho un amuleto. Llevaba un paso característico, que más bien parecía salto, é imitaba la manera de andar del león, pasando por muestra de valor y dignidad. Seguían al rey, á cuyo costado iba un perro blanco, cuatro pajes de honor con el escudo, la espada, el puñal y el fusil favorito. Tras de su persona venía una división de lanceros.

Apenas apareció Muanga en el vestíbulo de la «Bursah», toda la asamblea aplaudió frenéticamente y gritó: «Mirad, ya llega nuestro señor, el león, el fuerte leopardo, el indomable tigre, nuestro jefe el gran Muanga.» Estas aclamaciones se prolongaron, hasta que en medio de la sala se sentó el rey en su trono. Restablecido el silencio, golpeó el rey fuertemente el suelo con su cetro, miró á la asamblea con ojos exaltados y exclamó con poderosa voz: «¡Hombres de Uganda, caciques! ¿es que ya no soy yo vuestro rey? ¿dónde están mis guerreros? ¿los ha arrebatado la muerte ó se han convertido en débiles niños, hasta el extremo de que los blancos puedan llegar á nuestro país, para asesinarnos y reducir nuestros hijos á la esclavitud? Yo, soberano Muanga, he dicho.»

El sordo murmullo de los presentes llenó el salón. Fuera dispararon los fusiles y redoblaron los tambores, al terminar la arenga del soberano. Cuando cesó el estrépito, salió de las filas de los caciques un negrazo viejo y feo, quien se tendió por tierra á los pies de Muanga. Era Sampo, el más poderoso encantador de todo el país, el cual dió por tres veces una palmada y se levantó súbitamente, como picado por una víbora,

alzándose sobre la punta de los pies; agitó su vara mágica sobre la cabeza y gritó cuan alto pudo:

«¡Oye mis palabras, soberano Muanga, oídlas vosotros, caciques, y vosotros, viejos guerreros, oídlas también! Los dioses están irritados contigo, oh rey, porque tu corazón se ha apartado de ellos y se ha inclinado hacia el Dios de los blancos. Tú has admitido maestros extranjeros en tu país y dejas abandonados á los servidores de los Lubalis (ídolos); por eso llegarán los ingleses, hipopótamos, y despedazarán tu reino, como leones. Sus piraguas cubrirán el Nyanza y sus truenos matarán á todos los wagundas. Muanga será el último señor de Uganda. He dicho, yo, Sambo, el adivino.»

Profundo silencio reinó después de estas palabras; el rey palideció y temblaba en toda su persona. De repente se levantó y preguntó con voz conmovida: «¿Qué mandan los dioses hacer á Muanga? Habla y se hará cual tú lo digas.»

«El que no honra á su rey, así lo dicen los Lubalis, no es nuestro amigo, por eso será víctima del fuego. El que no odia á los blancos, debe morir con ellos. Con la nueva luna saldrá de caza Muanga, y á su vuelta verá si es tiempo ya.»

«Morirán ellos y con ellos todos los wagundas que no adoran á los dioses que el rey adora», exclamó Muanga con sorda voz, y la asamblea repitió á voz en cuello la sangrienta sentencia.

«¡Twiansi! ¡twiansi! ¡twiansi! ¡gracias! ¡gracias! ¡gracias!» exclamó Sambo. Muanga es un poderoso príncipe, él seguirá reinando en Uganda.»

Levantóse entonces Mbagá, el primer verdugo de la capital, y se acercó al rey. Fieramente se le agitaban los ojos en las órbitas á aquel hombre temible, y elevándose ante el soberano con toda su atlética estatura, dijo con terrible voz:

«Soberano Muanga, todo aquel que los labios del rey designe á la muerte, debe morir á mis manos; así lo quiso Mtesa tu padre.»

«Está bien, sean tu presa.»

Entonces suspiró el verdugo, apretó sus dardos con fuerza, levantó el pesado escudo á lo alto y ejecutó una furiosa danza ante el tirano, cantando al mismo tiempo: «Mbagá encenderá una llama que abrasará á cuantos los labios del rey digan: Tú debes morir. Mi lanza está hambrienta y mi espada quiere beber sangre. Por eso dijo el rey: «marcha y da muerte á mis enemigos.»

2.—En la Misión

Al mismo tiempo que ante el rey se decretaba la ruina del Cristianismo, empezaba en la Misión de Rubaga la santa Misa. Delante del Padre avanzaban dos pequeños negritos en traje blanco de coro hacia el altar. Habían recibido algún tiempo antes el santo bautismo y tenían por la mayor dicha el ayudar á Misa, como otros muchachos de su edad. Mientras el sacerdote celebraba los misterios sagrados, rezaban los indígenas en su lengua el rosario. Casi se podía pensar que presentían la muerte que les amenazaba.

A los divinos Oficios siguió una hora de catecismo

para los niños en casa de los misioneros. A los negritos se les ocurrían allí mil preguntas que hacer; porque algunas de las cosas que explicaba el Padre se les hacían maravillosas y no les cabían en su rizada cabecita; pero aplicados lo eran todos. Y cuando el sacerdote les hablaba del divino Salvador, de cuán bondadoso y sua-

ve había sido con los hombres y cómo con cinco panes y dos peces había alimentado á muchos miles, los niños batían palmas de contento y exclamaban: «¡Oh qué hermoso es esto!»

(Continuará).

BIBLIOGRAFIA

Mi párroco y mi tío, por Juan de la Brete, novela traducida de la 166 edición francesa por el Rdo. Sr. D. Juan Mateos, presbítero.—*Biblioteca Emporium*. Gustavo Gili, editor, Barcelona.—Es la historia de una muchacha traviesa y vivarachita como ella sola: historia deliciosa, llena de agudezas, capaz de hacer reír á carcajadas al más grave y barbudo doctor de la más sosa ciencia. Vive Reina, que así se llama la muchacha en cuestión, en un caserón destartado á media legua de la iglesia y de una aldea compuesta de unas veinte casuchas, con una parienta vieja, «la mujer más odiosa del mundo», sola, monótonamente, sin otros acontecimientos que la llegada de los colonos, y las tres visitas semanales del excelente y bondadoso párroco, que es su preceptor. Claro que, viviendo tan aislada, es mucho lo que ha de ignorar, mucha su inocencia, aunque con ciertos ribetes de malicia, mucho lo que, particularmente al entrar, como entra de súbito, en el gran mundo, le ha de sorprender.

En esto, en las graciosas ignorancias, en las preguntas inocentes, en las salidas inoportunas, en las desesperantes consecuencias de su lógica, y en las ni soñadas ocurrencias de su mala cabeza, está toda la gracia, el encanto, el secreto del éxito de la novela que nos ocupa.

La traducción castellana, muy bien hecha por cierto, viene aprobada por la Autoridad eclesiástica: con todo permítasenos expresar nuestra humilde opinión de que la obra, al igual que otras excelentes y buenísimas, creemos no debe ponerse en manos de jovencitas. Léanla cuantos tengan ya criterio formado, y estamos segurísimos de que todos recordarán con las sonrisas que se recuerdan los buenos ratos, el que emplearon leyendo *Mi párroco y mi tío*.

Primer libro de Ciencia y de dibujo, por el Dr. D. Eduardo Fontseré, catedrático de la Universidad de Barcelona.—Precio, 2 ptas. Gustavo Gili, editor, Barcelona.—El ilustrado autor de este cuaderno lo ha escrito para facilitar la enseñanza simultánea de los primeros rudimentos de la Ciencia y los primeros rudimentos del dibujo; enseñanza que, vulgarizada ya en los países anglosajones, está dando excelentes resultados. A cada lección acompañan modelos para copiar en la pizarra, en los cuales el niño ve lo que se le explica. Creemos realmente práctica la obrita en cuestión.

Chistes y verdades, por Bernardo Gentilini. Segunda edición.—Así se titula un delicioso libro que hemos tenido el gusto de recibir. De los tiempos de Horacio data el precepto literario de instruir deleitando. Por adaptarse á él merece los mayores elogios la obrita que nos ocupa. No sólo se inculcan en ella las máximas de la moral más sana, sino que esto se hace mediante la aplicación de anécdotas y de cuentos llenos de gracia.

Bajo la apariencia risueña, sus demostraciones de las verdades, fundamento de la sociedad, resultan contundentes, y hay en ellas á veces más vigor que si se tratase de discursos muy aparatosos y severos.

Ha sido publicado por la casa editorial de B. Herder, en Friburgo de Brisgovia (Alemania), y se vende, encuadernado en tela, al precio de Fr. 3.

Más alegría, por el Dr. Paul W. von Keppler, Obispo de Rottenburgo. Traducción del alemán por D. Felipe Villaverde. Un tomo en 8.º de XII y 184 págs., impreso en magnífico papel y encuadernado en tela de lujo, Fr. 3'50.—B. Herder, editor, Friburgo de Brisgovia.

Libro original, interesantísimo, que se empieza á leer por curiosidad, y que, sin acertar á soltarlo, se acaba con verdadero entusiasmo.

Viene á regalar felicidad, brinda alegría, y para ello enseña á la humanidad contemporánea, esclava, casi víctima de sus materiales progresos, las fuentes donde debe acudir á saborearla pura, saludable y santa.

El Dr. Keppler, Obispo de Rottenburgo, plantea, sin ambages, el trascendental problema de si las modernas mejoras materiales han acrecentado ó disminuido la felicidad del género humano.

Hechos, ¿qué dicen los hechos?

«Sólo en Alemania, escribe el Dr. Keppler, hay cada año 12,000 suicidas, un verdadero ejército; y el *Salvation Army* ha creado en Londres, Berlín, Nueva-York, Chicago y Melbourne, oficinas especiales para aconsejar y reconfortar á los que están cansados de vivir. ¡Tantos son desgraciadamente!

«¿Cuál es la causa de esa tristeza que la casi totalidad de nuestros contemporáneos lleva pintada en el rostro, de esa desesperación que á muchísimos los arrastra á darse voluntariamente la muerte? No es otra sino la enorme tensión de ánimo ocasionada por la civilización moderna, tensión que tiene como secuela más grave el haber desterrado del mundo la alegría.

«No consiste ésta en los goces de los sentidos, sino en ese estado de placidez del alma que tiene por causa única el cumplimiento del deber. A estudiar la verdadera significación de la palabra *alegría*, á examinar el derecho que todo hombre tiene á ella, y á buscar las fuentes de donde dimana, consagra elocuentísimas páginas el Obispo de Rottenburgo. En la Fe, en el Cristianismo están los puros orígenes de la santa y saludable alegría.»

La lectura de esta obrita es de las que hacen bien, mucho bien al alma: la libran del farrago de nocivas preocupaciones y temores que la afligen, y abre ante ella horizontes sin nubes, alegres.

En Alemania, á los nueve meses de publicada, se habían

vendido 50,000 ejemplares; tan extraordinario éxito editorial es una prueba más del mérito y oportunidad de la obra del docto Prelado de Rottenburgo.

Paulina de Mallinckrodt y su obra, por Guillermo Juneman. Un volumen de 170 páginas y 7 grabados. Precio: 2'75 francos encuadernado en tela. B. Herder, editor, Friburgo.—Admirable como la de estas almas privilegiadas que pasan por el mundo haciendo bien, y en testimonio de su grandeza dejan lozana una obra fruto de sus amores á Dios y al prójimo, es la vida de Paulina de Mallinckrodt, fundadora de la casi reciente, pues que nació en el templo parroquial de Bursdorf (Alemania) el 21 de Agosto de 1849, pero ya benemérita Congregación de las *Hermanas de la Caridad cristiana*. El docto autor del libro, que hemos tenido el gusto de recibir, traza con cariño las más notables páginas de la vida de la virtuosísima fundadora de Congregación, tan bendecida por Dios que á los veinte años de fundada contaba 20 casas y 300 Hermanas, que resistió triunfante y desarrollándose los despotismos de Bismarck, y que hoy vive lozana en Alemania, Norte América y en la mayor parte de las repúblicas Sudamericanas. ¡Así bendice Dios á los que de veras trabajan á su mayor gloria!

La devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Manual de piedad, por el R. P. Ignacio Schmid, de la Compañía de Jesús, traducido por el R. P. Juan M. Solá, de la misma Compañía. Un volumen de 470 págs., de 14 X 9 cms., en tela inglesa flexible, ptas. 1'50.—Gustavo Gili, Editor.

Es el devocionario del Sagrado Corazón más completo, mejor documentado y el más profundamente sentido de cuantos andan en manos de las personas piadosas. Dos son los fines principales que el autor se propone en él: darnos á conocer históricamente, en su origen y desarrollo, esta devoción nobilísima; y hacer converger todas las obras del día, sobre todo las de piedad, á ese foco soberano de amor divino. La primera ilustra de un modo especial el entendimiento, y la segunda inflama el corazón.

Su característica es que puede servir á un mismo tiempo de libro de lectura espiritual y de devocionario. En el primer respecto hallará el lector la historia y vicisitudes de la devoción al Corazón divino desde la última Cena de Jesús hasta la gran revelación de Paray-le-Monial y los portentosos triunfos que después acá ha conseguido; y en el segundo, varios métodos de oír la Misa, preparación para la confesión y comunión, las principales prácticas de piedad: como actos de consagración y desagravio, Mes del Sagrado Corazón, coronilla, preces y afectos, los nueve Oficios, y el Oficio parvo, varias normas para celebrar dignamente sus principales fiestas: como la del viernes inmediato después de la octava del Corpus, la del primer viernes y primer domingo de cada mes, visitas y letanías de la sagrada Pasión, del Nombre de Jesús, del Santísimo Sacramento y de todos los Santos, etc., etc.

El precio del libro en extremo limitado, la multitud de materias que abarca, el nombre del autor y del traductor, y sobre todo su imponderable utilidad para toda clase de personas que quieran conocer, honrar y amar al Corazón Sagrado, influirán seguramente por modo muy poderoso en su rápida propagación para bien de las almas.

La Comunión frecuente de los niños: A los padres y educadores, por el P. Julio Lintelo, de la Compañía de Jesús. Traducción del francés por el P. Jaime Pons, de la misma Compañía. Un opúsculo de 32 págs., de 14 X 9 cms. Un ejemplar,

15 céntimos; 100 ej., 14 ptas; 500 ej., 65 ptas; 1,000 ej., 120 pesetas.

Folleto de candentísima actualidad, cuya difusión estamos obligados á promover, por cuantos medios estén á nuestro alcance, en el seno de las familias. Actualmente sería una vergüenza ignorar las sabias enseñanzas del Sumo Pontífice en esta materia, y para obviarla nada conocemos mejor que este jugoso trabajo. Su mérito principal está en la resolución clara y contundente de las varias dificultades que á la Comunión de los niños pudieran oponerse, y por esta razón juzgamos que su lectura es de imprescindible necesidad para todos los padres, maestros, preceptores y educadores en general.

La Comunión de los niños inocentes, por el P. Ramón Ruiz Amado, S. J. Un tomito de 96 páginas de 14 X 9 cms. Un ejemplar, 0'25 ptas.; 100 ej., 23 ptas.; 1,000 ej., 200 ptas.

Este folleto, inspirado en las disposiciones recientes de la Santa Sede acerca la temprana edad en que conviene llevar á los niños á Jesucristo, en el Santísimo Sacramento de su Amor, no sólo contiene provechosas instrucciones pedagógicas para las madres, sino también tiernas plegarias y una *Misa Eucarística*. De suerte que, á par de libro de propaganda, es un diminuto devocionario.

LAS MISIONES CATÓLICAS dará cuenta en esta Sección de todas las obras cuyos autores ó editores le remitan un ejemplar.



LIMOSNAS

PARA COADYUVAR Á LA SANTA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

Aguilar de Campoo (Palencia). —D. ^a Escolástica Rodríguez.....	17'10 Ptas.
Mazarrón. —Rdo. D. Ginés Morales, Pbro...	50 »
San Vicente de Camós. —D. ^a Catalina Bonal, Vda. de Roure.....	8 »
Tarrasa. —Rdo. D. Tomás Pursals, ecónomo.	60 »
Valencia. —D. Antonio Hernández.....	13'77 »

Para el P. Fr. Gerardo Herrero, de la Orden de San Agustín, Misionero en Semensien (China).

Aguilar de Campoo (Palencia). —D. ^a Escolástica Rodríguez.....	10 Ptas.
Vivero. —D. Antonio Fernández.....	2'50 »

Para el P. Marcos Ajuria, Misionero del I. C. de María, en Basile (Fernando Poo)

Vivero. —D. Antonio Fernández.....	2'50 Ptas.
---	------------

Tipografía Católica, Píno, 5, Barcelona.—1911